

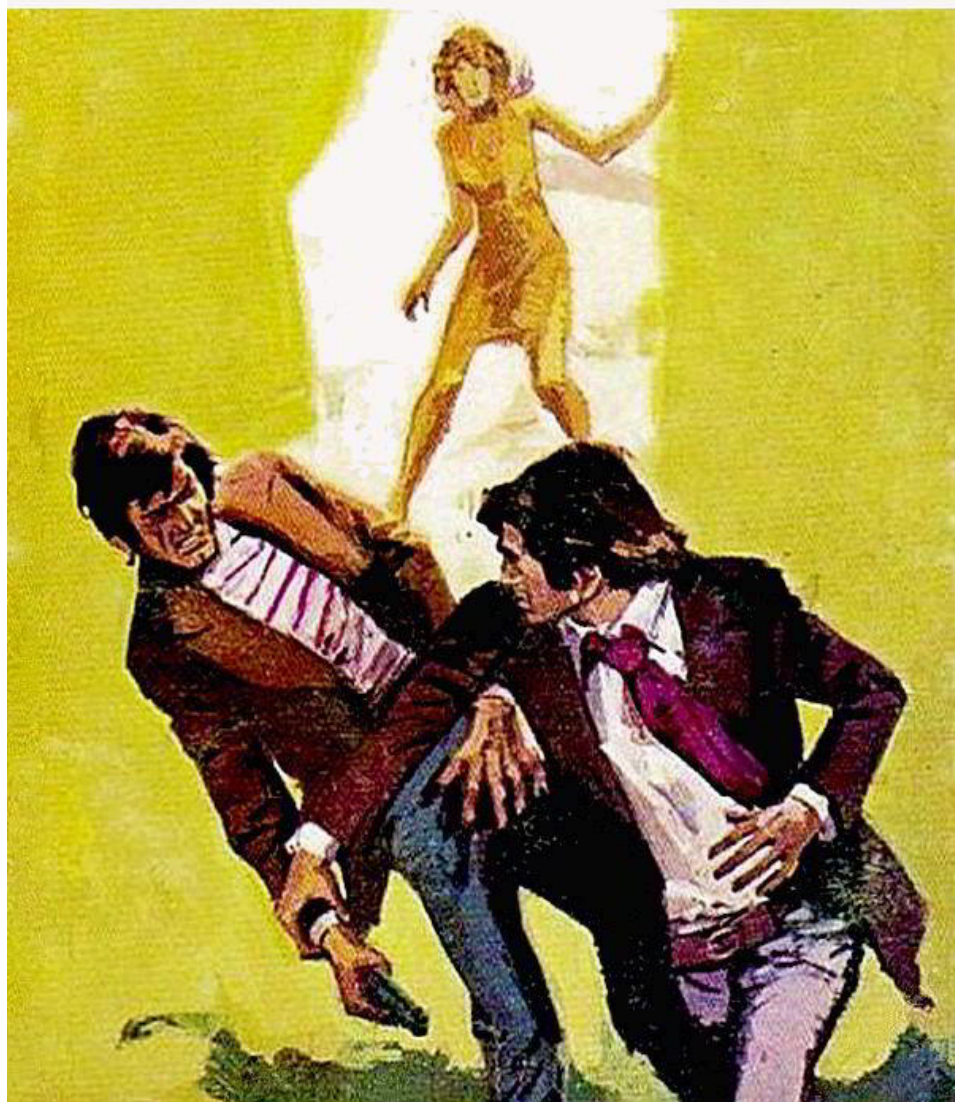
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

sobra un ataúd

burton hare



Crucé Alamogordo sin detenerme porque la única vez que estuve allí, años atrás, me llenaron la cabeza de historias atómicas, mostrando el orgullo legítimo de quienes saben más de energía atómica que Openheimer.

De modo que no me detuve. Ellos estaban realmente orgullosos de haber presenciado el estallido de la primera bomba nuclear de la historia. Yo preferiría sentirme orgulloso de ver estallar la última y poder contarlo.

La autopista de El Paso cruza ciento treinta y cinco kilómetros de desierto. No hay más que cactus, lagartos, mesquites y arena. El infierno. Es una zona muerta que sólo sirve para realizar pruebas con cohetes y para ensayar nuevas armas capaces de hacernos polvo, cada una en menos tiempo. Para eso mantiene el Gobierno ese territorio dantesco. No hice caso de los innumerables rótulos que se ven a lo largo de la autopista. Están escritos en inglés y en español, para que no haya confusiones. Todos ellos prohíben taxativamente internarse en el infierno que se extiende a ambos lados de la autopista.



Burton Hare

Sobra un ataúd

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1331

ePub r1.1

Lds 03.09.18

Título original: *Sobra un ataúd*

Burton Hare, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Crucé Alamogordo sin detenerme porque la única vez que estuve allí, años atrás, me llenaron la cabeza de historias atómicas, mostrando el orgullo legítimo de quienes saben más de energía atómica que Openheimer.

De modo que no me detuve. Ellos estaban realmente orgullosos de haber presenciado el estallido de la primera bomba nuclear de la historia. Yo preferiría sentirme orgulloso de ver estallar la última y poder contarlo.

La autopista de El Paso cruza ciento treinta y cinco kilómetros de desierto. No hay más que cactus, lagartos, mesquites y arena. El infierno. Es una zona muerta que sólo sirve para realizar pruebas con cohetes y para ensayar nuevas armas capaces de hacernos polvo, cada una en menos tiempo. Para eso mantiene el Gobierno ese territorio dantesco. No hice caso de los innumerables rótulos que se ven a lo largo de la autopista. Están escritos en inglés y en español, para que no haya confusiones. Todos ellos prohíben taxativamente internarse en el infierno que se extiende a ambos lados de la autopista.

Mientras me aproximaba a El Paso pensé una vez más en la estupidez que estaba cometiendo. No tenía ningún sentido y si además de sentido yo hubiese dispuesto de un mínimo de cordura habría mandado al viejo al diablo y...

Sólo que no era tan fácil. Él no se daba nunca por vencido, y siempre disponía de un triunfo en su sucia manga.

Como esta vez, cuando yo le dije:

—Olvídelo. Estoy demasiado viejo para estos trotes.

—Nunca se es demasiado viejo, MacLean. Yo tengo sesenta y siete años y sigo en la brecha.

—Sentado tras un escritorio, dando órdenes idiotas, mandando gente a la muerte. Pero nunca arriesga el cuello.

—Cada uno cumple a su modo. Además, este trabajo tiene un interés especial para usted, MacLean.

—Ya no hay nada en este cochino mundo que tenga especial interés para mí. He vivido demasiado. Y muerto demasiado también, señor.

—No hable nunca sin haberme escuchado antes. Ese interés se llama Olga Costain. El bastardo sabía golpear siempre en el lugar más débil de su adversario.

Me dejó helado, mudo durante mucho rato. Y esperó pacientemente, como la araña.

—De modo que la pequeña Olga —dije al fin—. ¿No la mataron después del estropicio de Cannes?

—No.

—Pero yo creí que estaba muerta. Y usted nunca lo desmintió.

—No hablemos de eso ahora. ¿Va usted a hacerlo, sí o no?

—Sabe que no puede obligarme, no hay ninguna fuerza en este mundo que pueda obligarme a meter la cabeza en un nudo corredizo.

—Excepto usted mismo. Es uno de los escasos especialistas vivos que quedan del viejo grupo. Y, además, excepto usted, nadie más que yo conozca puede identificar a nuestro amigo Prince.

—Después de tantos años, ni yo podré hacerlo. Debe haber cambiado mucho.

—Inténtelo.

—¿Dónde entra Olga Costain en este asunto?

—No lo sé, tal vez sólo de un modo tangencial, si sabe lo que quiero decir. Pero ella está en El Paso, actuando en un *cabaret* de mala muerte, y hace una semana recibió una nota de El Príncipe. He pensado que tal vez se reúnan y si esto sucede, quiero que usted esté allí para cazarlo.

—¿De qué modo?

—Como sea.

—¿Vivo o muerto?

—Bueno, vivo nos causaría infinidad de problemas, ya sabe cómo son estas cosas ahora. Oficialmente, ya no existe guerra fría, ni rivalidades... Oficialmente —repitió—, estamos a partir un piñón

con nuestros colosos adversarios.

—Ya veo...

De modo que había sido lo bastante idiota como para morder el anzuelo y ahí estaba, abrasándome bajo un sol de castigo a punto de llegar a El Paso, después de tantos años de paz y de aburrimiento.

Olga Costain.

Era como si un pedazo de mi horrible pasado se desgajara del baúl de los recuerdos para reencarnar de nuevo ante mis ojos.

Nunca había podido apartarla de mi mente. Por lo menos, no por completo, como había borrado a tantas y tantas mujeres que cruzaron por mi vida, dejando cada una su pequeña huella pero sin profundizar en absoluto. Algunas habían muerto. Otras era preferible no pensar en lo que les sucediera... Y las que salieron más o menos ilesas, ya no eran agradables de mirar. En cierta forma, ninguna había sobrevivido, como no había sobrevivido ni yo mismo.

Habíamos sido adiestrados, hombres y mujeres, hasta el agotamiento, hasta sangrar del cuerpo y del alma, hasta moldearnos nuevas mentes, nuevas conciencias con salvajes escalas de valores, y todo ello encaminado a convertirnos en perfectas máquinas de destruir, de matar.

Pero olvidaron enseñarnos a sobrevivir después de todo aquel infierno.

Y sólo quedamos algunos, sombras de lo que fueron. Quedamos los peores, por supuesto, porque sólo los peores fueron capaces de matar antes de que les mataran, de destruir antes de que les destruyeran...

Sólo que todo eso había quedado atrás. Años y años atrás y nunca pensé que regresaría.

Entré en El Paso con el crepúsculo y me detuve frente a la imponente entrada del hotel que me recomendara el viejo.

Era uno de esos hoteles contruidos como inversión de capital, fríos y despersonalizados. Personalmente hubiera preferido otro de los antiguos, con su rebuscada decoración, su viejo personal que aún recuerda los tiempos en que el huésped era el rey y todo lo demás.

Me inscribí con mi verdadero nombre. ¿Por qué no? En la

actualidad, todos los servicios secretos del mundo debían haberme borrado ya de sus listas de esbirros en activo a los que hay que eliminar como sea y cuanto antes.

La habitación era pequeña, con aire acondicionado, televisión, juego de luces y un cuarto de baño tan grande como una caja de zapatos.

Si yo hubiese tenido algo que ocultar allí me hubiera vuelto loco para hallar el sitio adecuado. Ésa era otra desventaja con relación a los hoteles viejos.

Sólo que lo único ocultable que llevaba era mi pesada «Luger», con sus correspondientes cargadores, y eso no iba a ocultarlo en la habitación, sino sobre mi persona.

Tomé una ducha y me cambié de ropa. Ajusté las dos fundas en el arnés de cuero. Una para la pistola y la otra para los dos cargadores completos y tras esto descolgué el teléfono.

—Quiero hablar con el *cabaret* Paradiso —dije, cuando la telefonista me dejó oír su voz de terciopelo.

—Un minuto, señor...

Creí advertir cierto tono de reproche en su voz. Supuse que los huéspedes de un hotel de lujo como aquél no acostumbraban descender hasta agujeros infestos como el *cabaret* Paradiso.

Hubo una sucesión de chasquidos. Y luego una voz de hombre, ronca y apenas inteligible, que preguntó quién diablos llamaba a esas horas.

—Sólo quiero saber a qué hora empieza el espectáculo —dije.

—Hay pases continuos, a partir de las nueve y media.

—¿Y actúa todo el elenco?

—¿Elenco?

—Olvídelo.

Colgué y encendí un cigarrillo. Después me fui a cenar en el restaurante del mismo hotel y maté el tiempo aburriéndome delante de un *whisky* con hielo, pensando en el pasado, en Olga, en el tipo al que sólo se conocía en todo el mundo por El Príncipe, y al que por lo menos el noventa y ocho por ciento de servicios «especiales» del mundo pagarían un millón por ver colgado.

Recordar el pasado no era agradable, aunque uno tuviera la conciencia acorazada contra el sentimentalismo.

Pensar en Olga significaba una suerte de desgarrón en alguna

parte remota de mi organismo.

Y evocar la cara de El Príncipe me daba náuseas, así que entre una cosa y otra no estaba de mi mejor humor cuando abandoné el hotel para encaminarme al maldito Paradiso...

CAPÍTULO II

Era un agujero infesto, oscuro, sucio y maloliente.

Instalado en un semisótano, contaba con una reducida pista de baile rodeada de diminutas mesas, un bar a la derecha de la entrada y un estrado al fondo, sobre el que un puñado de músicos anémicos arrancaban extraños quejidos a sus instrumentos.

Me instalé en el bar, encaramado a un taburete, y presencié las evoluciones de media docena de parejas que se manoseaban en la pista con tanto entusiasmo, y tan descaradamente, que me pregunté si formarían parte del espectáculo profesional.

Pedí *whisky*. Fue un error, porque lo que me sirvieron igual hubiera podido pasar por petróleo sin refinar.

Después empezaron las atracciones.

Primero, una mexicana opulenta realizó una desangelada y triste imitación de *Strip-tease*. Daban ganas de llorar.

Tras ella, una pareja, anunciados como cantantes, hicieron migas una canción que pretendía ser picaresca y se quedaba en grosera.

Se fueron sin ninguna gloria. Desfilaron a continuación un malabarista con cara de hambre y una dama anunciada como «bailarina exótica». Imagino que lo de exótica se refería sólo a que bailaba prácticamente desnuda.

Después apareció ella.

No había cambiado mucho después de todo.

Seguía siendo alta, esbelta, con agudos senos y finas caderas, y largas piernas moldeadas de maravilla. Quizá en su bello rostro hubiera alguna arruga más de la cuenta, pero el maquillaje lograba borrarlas lo suficiente para que yo imaginara que el tiempo se había detenido ocho años atrás, en un lugar llamado Carmes, donde

habíamos desencadenado el infierno.

Empezó a cantar y tenía buena voz, un poco ronca, un poco sensual, un mucho acariciante.

No podía creerlo.

La escuché con todos mis sentidos. Supongo que si yo fuese uno de esos idiotas románticos que se dejan engatusar por cualquier cosa con faldas, se hubiera podido decir que la escuché con el alma asomándome a los ojos. Sólo que si yo tenía alma debía ser tan negra como el chaleco del príncipe de los infiernos.

La escuché sin dejar de recorrerla con la mirada de la cabeza a los pies. Llevaba tan poca ropa encima que casi no había obstáculo alguno que me impidiera reconocer cada centímetro de su piel.

Y era ella misma, con su piel dorada semejante a terciopelo.

Entonces me vio y su voz se quebró igual que si de repente se hubiese quedado sin una partícula de aire en sus pulmones. Estuvo mirándome una fracción de segundo y luego recobró el aplomo y prosiguió cantando como si nada hubiera sucedido.

Pero ella también estaba fascinada y contra su propia voluntad, me dirigía continuas miradas agudas como puñales. Tal vez trataba de descubrir mis cicatrices, las huellas del tiempo, los desgarros del terror y de la muerte que ambos habíamos vivido.

Al cantar evolucionaba en torno a la pista. Distraídamente, le revolvía los cabellos a cualquier hombre, o insinuaba un movimiento como para sentarse en sus rodillas, sólo para apartarse con agilidad, antes de que las manos del caballero pudieran atraparla.

Instintivamente, me pregunté por qué una mujer como ella había caído tan bajo como para actuar en aquella cloaca.

Estaba mirándola fijamente y ella me miraba a mí, cuando en uno de sus juegos con el caballero de tumo 6e distrajo y el tipo la cazó entre risotadas, obligándola a sentarse sobre sus rodillas.

No dejó de cantar. Sólo se contorsionó como una serpiente, mientras el hombre intentaba retenerla, y luego, entre la algazara general, se liberó escapando de aquella especie de pulpo.

La canción tocaba a su fin y ella comenzó a retroceder hacia la cortina azul por la que apareciera al entrar. Parecía como si no pudiera apartar su mirada de mí. Era la vieja mirada de siempre, lúcida, aguda como el filo de una navaja. La muda advertencia de

los viejos tiempos, el lenguaje que igual le advertía a uno que tenía un cuchillo amenazándole la espalda, como que era llegada la hora de irnos a la cama.

Bueno, en cualquier caso, yo estaba seguro de que en aquellos momentos no estaba invitándome a acercarme a ella.

La vi allí, erguida, los senos desafiantes casi libres por el reducido corpiño que trataba de sujetarlos.

Un corpiño blanco cuajado de lentejuelas doradas, entre las que de repente apareció una roja y Olga trastabilló, agarrándose a la cortina azul.

Parpadeé asombrado. Tal vez la impresión de verme la había desbordado, pero lo dudaba.

Entonces, aquélla lentejuela roja de su corpiño se agrandó y yo pegué tal salto que el taburete salió despedido.

Corrí hacia ella, abriéndome paso a codazos entre quienes estorbaban mi paso. Cayó cuando llegaba a su lado.

La mancha roja era mucho más grande y la sangre se desbordaba hacia su estilizado estómago desnudo. La bala debía haberle pegado casi en el corazón. Era un buen tiro, teniendo en cuenta que habían utilizado un silenciador.

—¡Olga! —dije, sujetándole la cabeza entre mis manos. Parpadeó. La angustia enturbiaba sus ojos.

—James... tú...

—¿Tienes algo que decirme?

—Vete...

—¿Qué?

—Vete... huye... El te matará...

—¿Quién, El Príncipe?

—James...

Su voz se quebró.

Comenzaron a llegar curiosos. Uno sugirió que se llamara a un médico. Otro pedía a gritos la presencia de la policía.

Todos muy originales. Sólo que ningún médico del mundo podía salvar aquella vida rota.

—Te sacaré de aquí —dije—. Vivirás...

—Tonto...

Ella sabía tan bien como yo que no viviría. La cosa pareció hasta divertirla.

—Mi... escote... —jadeó.

—¿Qué?

—Tómalo...

Para alguien como yo la cosa estaba clara. Quizá otro no habría caído en la cuenta, o titubeado, porque hundir la mano en el escote de una mujer que está muriéndose puede ser interpretado de muchas maneras y ninguna limpia.

No obstante, eso fue lo que hice y ella sonrió. Con la sonrisa, un hilillo de sangre se escurrió por las comisuras de su boca.

Alguien me llamó una cosa muy sucia. El tipo tenía razón y le dejé seguir. La mirada de Olga se volvió cristalina y la sonrisa se convirtió en una mueca.

La dejé en el suelo suavemente y me levanté. Todas las miradas estaban dirigidas a mí y quien más quien menos habría deseado cortarme en pedacitos por el ultraje que yo acababa de cometer con el pecho, ahora inmóvil, de Olga.

Retrocedí, los nervios tensos y los sentidos alerta. Me abrieron paso y escuché algunos insultos poco piadosos.

En medio de los insultos, una vocecilla apenas audible dijo:

—Downes. El disparó.

Traté de ver a la mujer que acababa de sentenciar a un tal Downes a muerte. La vi escabullirse. Era rubia, delgada y bien formada.

Se perdió entre la vorágine desatada en el local. Para entonces, la gente había caído en la cuenta de que aquello era un asesinato y que la policía no les trataría con guante blanco, de modo que se precipitaban hacia la salida como una manada de caballos desbocados.

Me detuve junto al mostrador y de un zarpazo atrapé al mozo, tirando de él y casi aplastándole la cara contra la barra.

—¿Quién es Downes? —le pregunté.

—¡Suélteme!

—¿Quién es?

—¡El jefe, idiota! ¿Quién va a ser?

—¿El propietario del local?

—¡Sí, sí...! ¡Suélteme, maldito!

—¿Dónde está?

—¡Condenación!

Le sacudí un poco, lo justo para que su nariz casi abriera un boquete en el mostrador.

Comenzó a sangrar.

—¡Subió arriba cuando todo estalló! —dijo al fin.

Le solté con un empujón. Golpeó de espaldas contra un estante y una ristra de botellas se fue al suelo con nuevo estrépito.

Había unas escaleras estrechas al final del mostrador. Corrí hacia ellas, salté los peldaños de tres en tres y desemboqué en un rellano al que se abrían dos puertas.

Empujé la primera, y para entonces ya tenía la «Luger» en la mano y había soltado el seguro.

Un hombre enorme se apartó de una mirilla que había en la pared, volviéndose en redondo.

—¿Usted es Downes? —le espeté.

—No... El patrón no está aquí. ¿Qué diablos...?

—¡Venga aquí!

Avanzó cautelosamente. Su chaqueta estaba muy abultada donde no debía estarlo.

—¡Alto! Vuélvase.

Rechinando los dientes, obedeció. Le descargué tal mazazo que por un instante pensé que la pistola se había doblado.

Cayó como una res. Le registré y encontré una automática del «38» y unos documentos que afirmaban que el tipo se llamaba Adam Munro.

Le dejé, di un vistazo por la mirilla y tuve una buena panorámica del pandemónium desatado en la sala.

De modo que me fui a la puerta vecina, la abrí de un empujón y el hombre que estaba tras la mesa, disparó su pistola en el instante en que yo entraba trastabillando.

Me salvó el movimiento absurdo que hice al penetrar violentamente. Su pistola no había hecho el menor ruido. La mía, sí lo hizo. Sonó lo mismo que un cañonazo, y la bala, empujada por cincuenta gramos de pólvora sin humo, le arrancó del sillón y lo tiró de espaldas contra la pared.

Se quedó sentado en el suelo, mirándome, aún sosteniendo la pistola equipada con un estupendo silenciador, aún viviendo...

Me acerqué a él y le descargué un puntapié en la cara. Su cabeza rebotó contra el muro y casi se murió.

Bueno, estaba muriéndose de cualquier modo. Nadie puede vivir con una bala de «Luger» en la barriga, ardiéndole como las llamas del infierno.

—¿Por qué? —dije—. ¿Por qué la mató?

—Ella...

Su voz se quebró. Le pateé otra vez, y otra más. Se derrumbó de costado y murió. La cosa fue demasiado rápida para mi gusto.

Me dirigía a la puerta, cuando el policía de uniforme se recortó en el umbral.

Miró primero al hombre muerto y eso fue un error que ninguno de nuestro viejo grupo habría cometido jamás. Un hombre muerto, nunca es peligroso. Uno vivo, sí.

Pude sacudirle con la pistola a tiempo de que no pudiera reconocermé, si alguna vez volvía a verme y salí.

Abajo, los policías estaban haciendo su trabajo a gritos.

Recorrí el pasillo del piso superior, encontré una escalera de emergencia, me escabullí por ella y dejé atrás todo el alboroto.

Cuando estuve en una calle mejor iluminada, hundí la mano en el bolsillo y di un vistazo al objeto que había arrebatado de entre los senos de Olga.

A primera vista parecía un pequeño y delicado estuche de carmín para los labios...

Eso era a primera vista, porque ella no se habría tomado la póstuma molestia de pedirme que hundiera mi mano pecadora en su escote cuando estaba muriéndose, sólo para que conservara un tubo de *rouge* como recuerdo de los besos que me diera ocho años atrás...

CAPÍTULO III

No pegué ojo en toda la noche, y no fue por remordimientos de conciencia o dolor de corazón.

Estuve reflexionando sobre lo sucedido y lo que era probable que sucediera en los días inmediatos.

Me intrigaba el diminuto estuche de *rouge*, que ahora ya sabía qué contenía. No podía creer que Olga hubiera salido a cantar a la pista llevándolo ya en el escote. De modo que si no había salido con él encima, alguien se lo había «pasado» durante su canción, durante aquéllos minutos que duró su actuación y antes de que el propietario del *cabaret* le disparara.

Pasé mentalmente revista a sus evoluciones por la pequeña pista. El pulpo, claro.

El tipo que logró sentarla sobre sus rodillas y que parecía tener unas manos muy ligeras. Entonces, cuando la cosa sucedió, todo fue tan rápido y lógico que no extrañó a nadie. La muchacha que se distrae un instante, el cliente que la atrapa entre sus manazas haciéndola caer sentada sobre sus rodillas, mientras intenta aprovecharse un poco...

Sólo que el supuesto manoseo no fue más que una artimaña para «pasarle» el estuche. Seguro. No pudo suceder de otro modo.

Forcé mi memoria, tratando de recordar al fulano en cuestión y fracasé. No me había fijado particularmente en él.

Pero sí en la rubia que le acompañaba. Con un vistazo, tuve suficiente con ella. Era toda una dama espectacular, y se reía de los manejos de su caballero. Si se reía de aquel juego, significaba que no era su esposa. Bueno, una dama con su aspecto, no podía ser esposa de nadie, a mi modo de ver...

¿Una chica del propio *cabaret*? Habría que averiguarlo.

Otro punto: La pelirroja que me había soplado el nombre de Downes. Sin ella saberlo, lo había sentenciado a muerte.

Aquella pelirroja me intrigaba también. No comprendía la razón que la impulsó a decírmelo a mí precisamente.

Y luego, el mayor enigma de la noche: El crimen en sí.

¿Por qué Downes había decidido matarla justamente entonces, arriesgándose de tan estúpida manera? Pudo haberla liquidado en su camerino, o antes de que saliera a la pista.

No lo hizo. Se arriesgó y la cosa le costó el pellejo.

Había un par de buenas razones que pudieron empujarle. La primera, que me reconociera, aunque yo no recordaba haberlo visto nunca antes de pegarle un tiro. Si me había reconocido, fijándose en mí cuando Olga perdió el compás al verme, pudo sumar dos y dos y salirle cuatro por una vez.

También pudo suceder que Downes decidiera matarla justamente en el instante en que se retiraba, sólo para que no llegara a su camerino. Tal vez había alguien allí esperándola para recibir el pequeño estuche de carmín... ¿El Príncipe quizá?

Eso era dudoso. Pero Downes pudo pensar que si Olga no llegaba a su camerino aún tenía esperanzas de apoderarse del estuche.

Pero ¿cómo? Él se fue a su despacho tan pronto hubo disparado. Era un buen lío.

Me quedé dormido al alba, y desperté a media mañana, bañado en sudor, porque el sol pegaba contra la ventana y la pequeña habitación se había convertido en un horno.

Maldije y puse en marcha el aire acondicionado. Luego tomé una ducha y me largué al diablo de allí.

Los periódicos sacaban todo el jugo posible a los sucesos de la noche. Sólo que no tenían ni la más remota idea de qué era lo que estaba cociéndose. Todo lo más que insinuaban era que se trataba del clásico asunto de drogas.

Cuando los hube leído, sentado en un bar, caminé por la acera de sombra hasta el primer Banco con que tropecé. Entré en él, alquilé una caja fuerte y guardé el estuche en ella. Tal vez, a su debido tiempo, rindiera buenos dividendos.

El resto del día fue anodino y caluroso. Maté el tiempo como pude hasta que llegó la noche y entonces saqué el coche del garaje

del hotel y conduje despacio hacia las inmediaciones del Paradiso.

Había una multitud apretujándose para entrar. Se había despertado la morbosa curiosidad de la masa y allí estaban, oliendo la sangre como buitres.

Estacioné, apagué las luces y esperé.

Al fin la entrada del *cabaret* quedó desierta. Si Downes hubiese vivido, se habría sentido muy satisfecho del negocio de esa noche.

Eso me llevó a preguntarme quién ocuparía ahora el lugar de Downes...

La rubia llegó en un taxi, una hora más tarde. La reconocí en cuanto pisó la acera, con su busto opulento, sus caderas soberbias y su estrecha cintura.

Se entretuvo pagando el taxi el tiempo suficiente para que yo me apareara y le diera alcance cuando cruzaba la acera.

La atrapé por el brazo, obligándola a cambiar de dirección.

—No te alarmes —dije—. Quiero tener una pequeña charla contigo. Me miró, iracunda al principio. Luego gruñó:

—¿Qué diablos cree que es esto?

—No alborotes. Tengo poca paciencia.

Masculló un par de insultos que habrían enorgullecido a un sargento de infantería, pero la conduje hasta mi coche y la introduje dentro, sentándome a su lado.

—Tú me viste anoche —dije.

—Seguro. El buen samaritano. ¿Y qué con eso?

—¿Trabajas en ese agujero?

—Los hay peores. Dame un cigarrillo y acaba. He de ganarme la vida, ¿sabes?

La cosa iba por buen camino. Le pasé un cigarrillo y tomé otro para mí. Los encendimos y a la luz de la cerilla, ella clavó sus ojos en mi cara, como si quisiera fotografiarme.

—¿Y ahora, qué? —dijo.

—El tipo que te acompañaba anoche, ¿recuerdas?

—Claro.

—¿Cómo se llama?

—Miller. Elswyth Miller. ¿Por qué? Es un infeliz.

—Lo dudo. ¿Le conoces bien?

—Hace algún tiempo que frecuenta el *cabaret*. Le gusté desde el principio y siempre me busca cuando aparece. Es generoso y no da

muchas molestias. Un tipo sencillo, sin complicaciones.

—Ya veo... ¿Dónde vive?

—No lo sé. Creo que es viajante o algo así. Debe alojarse en algún hotel cuando visita la ciudad.

—¿Nunca te llevó con él?

—Por supuesto que no.

—Vamos, vamos, no me tomes por idiota. Lo tuyo no es amor platónico.

—Fui yo quien lo llevó, si es que puedes entenderlo. Tengo un buen apartamento, confortable y discreto. ¿Quieres que vayamos a verlo?

—Tal vez en otra ocasión.

Se arrimó más a mí, riéndose por lo bajo.

—Apuesto a que te convenzo en menos de cinco minutos. Sacudió la cabeza.

—No pierdas el tiempo. Ese Miller, ¿le viste hablar con alguien en el *cabaret*, alguna vez?

—No... sólo conmigo.

—¿Nunca con Downes?

—Jamás. Oye, a Downes también lo liquidaron anoche... Fue todo un festival, por lo que he leído en los diarios.

—¿Has tenido que leerlo? Tú estabas allí.

—Sólo al principio. Te vi correr hacia Olga y tratar de ayudarla. Entonces, Elswyth dijo que cuando llegara la policía, aquello se pondría muy feo y salimos a escape.

—Claro... ¿Le llevaste a tu apartamento?

—Anoche no... El pobre tipo estaba impresionado. Me metió en un taxi y se largó.

—Apuesto a que sí estaba impresionado. ¿Le viste bien cuando intentaba darle un repaso a Olga, durante la canción?

—¡Nada de intentaba! —exclamó, riéndose—. Lo hizo. Fue un buen trabajo, hasta que ella pudo librarse de sus manazas. ¡Qué tipo!

—Trata de recordar si alguna vez mencionó su lugar de origen, o el hotel en que se alojaba en El Paso.

—Estoy segura que nunca dijo nada de eso. Ninguno lo hace.

—¿Qué?

—Hablar de eso. No quieren complicaciones. Vienen a la ciudad,

se divierten y luego regresan a sus casas tranquilos, seguros de que su pequeña cana al aire no les reportará disgustos.

—Entiendo. Tienes experiencia, hermana.

—¿Sólo experiencia? Mírame bien, papaíto. ¿No crees que tengo algo más?

Se apretujó y sus brazos subieron hasta mi cuello. Se enroscaron allí con un abrazo de cincuenta dólares por lo menos.

Casi lamenté desilusionarla.

—No tienes nada que hacer conmigo esta noche, linda.

—Mi nombre es Nelia.

—Bueno, Nelia, quítame las garras de encima. Ésta es una conversación de negocios.

—Todas lo son.

Consiguió atraparme y su boca se estrelló contra la mía.

La dama tenía experiencia, aunque eso ya lo dije antes. Sabía lo que debía hacerse con la boca de un hombre para que perdiera el sentido de las proporciones.

Con otro le hubiera salido bien.

La aparté suavemente y sacudí la cabeza.

—No es mi noche, querida —dije—. Tengo un trabajo.

—Sí, conmigo. Me portaré bien, créeme. Hay algo en ti que te hace distinto a los demás tipos que conozco.

—Los años quizá.

—No eres tan viejo. Apuesto a que aún puedo enseñarte algunos trucos.

Acabé de quitármela de encima y respiré. Era una de esas mujeres que pueden hacerse agobiantes si uno las toma a grandes dosis.

—El hombre que tú conoces como Miller —dije—, posiblemente sea algo muy distinto a lo que imaginas que es. Y puede resultar peligroso para ti en el momento menos esperado...

—¿Elswyth? No digas tonterías...

—No es ninguna tontería. Escucha, Nelia, y hazme caso. Cuando vuelvas a verlo, si es que aparece otra vez, cosa que dudo, dale esquinazo. Será mejor para tu salud.

Me miró en la oscuridad del coche, tratando de captar si hablaba en serio, o si tenía que habérselas con un loco.

Yo añadí:

—Si lo ves de nuevo, llámame al Cristal Palace. Me llamo MacLean. Si no me encuentras, deja dicho dónde podré ponerme en contacto contigo. Te ganarás un centenar de dólares sólo por eso.

—No te comprendo. No tienes pinta de polizante.

—No lo soy. ¿Has visto alguna vez un polizante que ofrezca cien pavos por una llamada?

—Te juro que no. Sería un pájaro exótico, ¿eh?

Se echó a reír y trató de cazarme otra vez. Su pecho se apretó contra mí, antes de que pudiera apartarla lo suficiente para respirar.

—La fiesta terminó, nena —dije, abriendo la portezuela de su lado—. Recuerda lo que te he dicho respecto a Miller.

Me miró especulativamente. Hizo una mueca y sonrió.

—Desde luego, tienes *algo* —runroneó, entre dientes—. Aunque maldito si sé lo que es. Adiós, búho.

Saltó a la acera y se fue contoneándose hacia el club. La vi desaparecer por la entrada y recostándome en el asiento, seguí esperando.

Una buena parte del tiempo, en ese condenado trabajo, se va en interminables esperas. Alguna vez dan resultado, otras no.

La de esa noche duró horas y horas. Vi salir al público del *cabaret* y apagarse las luces de la fachada y entonces apareció la pelirroja.

Estaba con un grupo, en el que había tres hombres y dos chicas más, una de las cuales era la rubia Nelia.

Ésta descubrió mi coche estacionado en las sombras y se quedó un instante mirándolo asombrada. Luego, dijo algo a sus acompañantes y vino taconeando airoosamente.

Metió la cabeza por la ventanilla y me miró, perpleja.

—¿Qué demonios estás esperando aquí, búho? —exclamó.

—¿Habéis organizado una fiesta?

—¿Con ésos? No lo sé aún. ¿Por qué, cambiaste de idea sobre mí? Puedo mandarlos al cuerno si tú me lo pides.

—No estropees tu negocio. Sólo hazme un favor, ¿sí?

—En mi apartamento, seguro.

—Nelia, no tienes decoro alguno.

—¿Para qué sirve eso? Lo dejé correr y dije:

—Esa pelirroja...

—¿Maggy? —me interrumpió, escandalizada—. No me digas que

la prefieres a mí.

¡Pero si no tiene nada! Es lisa como una tabla. ¿No tienes ojos en la cara o qué?

—Esa pelirroja a la que llamas Maggy es quien me interesa en estos momentos. Y no para lo que tú imaginas. Sólo quiero hablarle.

Estuvo mirándome y para entonces, ya comenzaba a estar segura de que yo estaba loco, o que por lo menos, algo no funcionaba como era debido en mi sistema hormonal. Acabó resoplando como una caldera a presión, dio media vuelta y se largó.

La vi hablar con la pelirroja. Hubo un conato de discusión con sus acompañantes masculinos y al fin vi a Maggy separarse del grupo y venir hacia mí.

Se detuvo, inquieta, tratando de verme en la oscuridad del vehículo. Abrí la portezuela y dije:

—No tienes nada que temer, Maggy. Entra.

Adelantó la cabeza hasta que me vio. Dio un respingo.

—¡Usted!

Se deslizó en el asiento apresuradamente y cerró la portezuela.

Tenía una cara que sin ser una belleza resultaba sugestiva. El resto de su cuerpo era tan sugestivo como la cara, desmintiendo a la exuberante Nelia.

—¿Qué quiere? —murmuró.

—Tú me dijiste anoche que Downes era quien había disparado.

—Sí... ¿Fue usted quien lo mató?

—En realidad, fuiste tú, Maggy.

No pareció alterarse mucho. Al menos no saltó hasta el techo ni nada semejante. Sólo dijo con voz apenas audible:

—Lo merecía... asesinó a la pobre Olga...

—¿Era amiga tuya?

—Compartimos un apartamento hace algún tiempo. Era una buena chica.

—¿Sabes quiénes eran sus amistades ahora?

—No. Cuando empezó a trabajar en el club, alquiló un apartamento para ella sola y ya apenas nos relacionábamos.

—¿Recuerdas si te habló alguna vez de su pasado?

—Era muy reservada. Y creo que había sufrido mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estaba asustada. Siempre temía algo. Una vez dijo que

en toda su vida sólo había conocido un hombre en el que confiar... el hombre que había amado, el hombre al que confiaría su propia vida si llegara la ocasión. Eso me dijo. Ese hombre era usted, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Estoy segura. Una mujer intuye estas cosas.

—¿Por eso me dijiste lo de Downes anoche?

—Bueno, le vi intentando ayudarla y entonces lo comprendí todo. Usted era el tipo de hombre al que una confiaría hasta la vida... Y usted mató a Downes por ella. No me equivoqué.

Yo no había matado a Downes sólo por ella, pero no era el momento de aclararlo, así que lo pasé por alto y le pregunté la dirección del apartamento de Olga.

—Ya debe haber estado allí la policía —replicó—. Pero está en el edificio Guardian Empire. El número ciento siete.

Dio una mirada hacia el grupo que seguían esperándola.

—He de irme —susurró—. A menos que quiera usted venirse conmigo.

—Sería un compañero muy aburrido para ti esta noche. Sólo dime una cosa más, por favor.

—¿Sí?

—Durante el tiempo que Olga actuó en el *cabaret*, ¿quiénes fueron sus amigos, con quienes intimó, o compartió la mesa, o la visitaron en su camerino?

—Bueno, de vez en cuando tomaba unas copas con algún cliente. Y supongo que muchos trataron de llegar a su camerino, pero nunca la vi intimar con ninguno.

—¿Alguno de esos hombres tenía una gran nariz parecida al pico de un águila? Me miró enarcando las cejas.

—No recuerdo haber viste nunca a un hombre así con Olga...

—Está bien, gracias por confiar en mí.

Me miró largamente. Sonrió. Luego abrió la portezuela y antes de apearse, susurró:

—Lástima que no llegara usted mucho antes, amigo. Olga parecía necesitarle tanto... Tras eso, se fue y yo encendí otro cigarrillo.

Si Olga me hubiese necesitado tanto como la pelirroja creía, se hubiera dado maña en ponerse en contacto conmigo. Nunca lo hizo

y ahora comenzaba a preguntarme por qué.

CAPÍTULO IV

Como el crimen no se había cometido en el apartamento, la policía no había precintado la puerta. Cuando probé el tirador, comprobé que ni siquiera la habían cerrado con llave, cosa que ya resultaba más sorprendente.

La abrí lo justo para deslizarme dentro, a un interior oscuro como la tinta.

Apenas había cerrado de nuevo la puerta, un objeto duro se incrustó en mi costado y una voz ronca gruñó:

—¡No se mueva o le mato!

El tipo había aprendido en una buena escuela.

Tal vez no tan buena como la mía, pero de cualquier modo, era un profesional.

Así que permanecí quieto como un palo, mientras el revólver seguía presionándome la espalda.

El comenzó a moverse, seguramente buscando la llave de la luz. Ahí radicaba el fallo de su aprendizaje.

Disparé el codo hacia atrás con tanta violencia, que el revólver se le escapó de la mano con el golpe. Lanzó una imprecación y yo lancé un zurdazo hacia arriba. Su mandíbula crujió y el tipo se fue dando tumbos. Hubo un estrépito cuando tropezó con una mesa o algo así.

Oí unos pasos precipitados en la oscuridad, lo cual indicaba que había otro caballero con armadura dispuesto a entrar en combate.

Yo no soy ningún caballero. Le oí llegar y lancé un puntapié a ciegas. Le di justo más abajo del cinturón y su alarido estremeció las paredes, mientras se iba dando tumbos en busca de un apoyo.

Encendí la luz en el instante en que el primero se levantaba echando chispas.

Pero para entonces, yo tenía la «Luger» en la mano y la visión del arma atenuó sus ansias bélicas. Se quedó mirando la enorme pistola como si nunca hubiera visto otra.

Aún estaba mirándola cuando el cañón le golpeó en un lado de la cabeza. Su curiosidad se desvaneció al mismo tiempo que él.

El otro se quejaba amargamente mientras intentaba levantarse, apoyándose en un diván. Me miró con los ojos turbios de dolor y jadeó:

—¡Buena la hiciste...!

Fui hacia él cuando hurgaba bajo su solapa. Le golpeé y dejó de quejarse para caer hecho un ovillo.

Miré en torno, al lujoso apartamento, a los lujosos muebles, a la lujosa decoración.

Excepto los dos durmientes y yo mismo, todo allí era puro lujo. Me pregunté cómo alguien disponiendo sólo del sueldo que debía cobrar Olga de un *cabaret* de mala muerte podía mantener semejante palacio.

Tras un vistazo a los dos fulanos para asegurarme que aún no regresaban, recorrí apresuradamente las distintas dependencias del apartamento. No había nadie más, sólo las burdas huellas de un registro efectuado sin ningún cuidado. O bien la policía lo había hecho descuidadamente, seguros de que sólo cumplían una formalidad, o los dos bellos durmientes eran más brutos de lo que parecían.

Les dediqué otro vistazo más minucioso. Ambos eran jóvenes, bien parecidos, bien trajeados, bien afeitados, pulcros. A primera vista uno podría haberlos tomado por dos brillantes ejecutivos.

Bueno, me incliné sobre ellos y les vacié los bolsillos. Tenían todos sus documentos en regla.

Estuve mirándolos mucho rato, con un leve cosquilleo en la base del espinazo. Se llamaban Michael

O'Donell

y Chester Kenyon. Los dos eran agentes del FBI.

Empecé a preocuparme. No por haber acogotado a dos distinguidos miembros de la Policía Federal, sino porque su presencia allí implicaba unas derivaciones del asunto con las que no había contado.

En sus bolsillos no llevaban nada que hubieran podido encontrar

en el apartamento de Olga, lo que indicaba que si algo había allí, todavía permanecía en su escondite.

Esos chicos de Washington suelen ser buenos en su trabajo. Están bien entrenados, sobre todo para retener caras. La mía debía habérseles grabado en la mente como en una placa fotográfica.

Arranqué los cordones de los cortinajes y procedí a amarrarlos concienzudamente.

Comenzaban a rebullir cuando empecé un registro por mi cuenta.

Estaban bien despiertos cuando terminé, sin haber encontrado nada de interés. Y ambos estaban mirándome. Uno dijo:

—Esto va a costarle muy caro...

No repliqué, mirando en torno y evocando a Olga, sus mañas en el oficio, su habilidad de los viejos tiempos. Tal vez no tuviera nada que ocultar en el apartamento, pero ella había sido lo bastante astuta como para prepararse una especie de seguro de vida, si realmente estuvo en contacto con alguien tan diabólicamente peligroso como El Príncipe.

Comencé de nuevo, pulgada a pulgada, oyendo las maldiciones de los dos humillados federales.

Estaba en el deslumbrante cuarto de baño. Había tarros de cremas de maquillaje por todas partes. Los rompí para desparramar su pegajoso contenido. Ninguno ocultaba otro secreto que la fórmula de su composición.

Estaba a punto de darme por vencido, cuando caí en la cuenta de que resultaba un tanto raro que Olga utilizara dos tubos de pasta dental simultáneamente. Había dos en un estante, los dos empezados.

Despanzurré el primero y sólo conseguí pringarme los dedos con la crema dental. Con el segundo me embadurné igualmente, pero obtuve algo más.

Una llavecita.

La limpié de crema. Tenía un largo y complicado número grabado y su dentado era de los más complejos que yo había visto en mi vida.

Me la embolsé y empecé a limpiarme las manos.

Los gruñidos de mis dos prisioneros habían cesado hacía tiempo. Cuando regresé a su lado los vi pálidos y rabiosos.

—Tómenlo con calma —dije—, daré instrucciones para que les suban el desayuno por la mañana.

Apagué la luz y me largué. No tenía por qué preocuparme por ellos. Se darían buena maña para alcanzar el teléfono y pedir ayuda.

Casi amanecía cuando me encerré en mi habitación del hotel y examiné con detalle la llavecita.

No se parecía a la que yo había obtenido al alquilar la caja de seguridad en el Banco.

Iba a ser un trabajo complicado saber en qué cerradura encajaría...

Así me quedé dormido.

Y por poco no desperté jamás.

Sólo que el tipo estaba muy nervioso y produjo un ruido insólito al arrastrar los pies, tanteando el suelo en la oscuridad y eso me salvó el pellejo.

Desperté y el salto del sueño a la lucidez fue tan instantáneo como fuera en mis buenos tiempos, cuando de ese salto fulminante dependía vivir o morir.

Permanecí quieto, localizando al intruso. Se aproximó al lecho, ahora con muchas más precauciones. Le dejé llegar.

Cuando estuvo lo bastante cerca, le arrojé la sábana y rodé hacia el lado opuesto de la cama.

Gruñó, debatiéndose para quitarse el estorbo de encima. Oí un extraño siseo y un golpe sordo cuando hundió el cuchillo a ciegas en el colchón.

Caí sobre él, golpeándole con toda la ira desatada que producen en mí cuantos utilizan cuchillos para realizar sus puercos trabajos.

Retrocedió, aún enredado con la sábana y me fui tras él. Pude atraparle la muñeca armada del acero y di un salvaje tirón, atrayéndole hacia mí. Creo que el tipo adivinó mis intenciones, porque empezó a chillar antes de que le hiciera más daño. Levanté su brazo, sujetándolo con mis dos manos y lo precipité contra mi rodilla doblada. Sonó un seco crujido cuando el hueso se rompió, y entonces sí tuvo motivos para quejarse. Sólo que ya no lo hizo porque se desmayó.

Le dejé caer al suelo y encendí la luz. Una de las poquísimas ventajas que tienen esos hoteles modernos de lujo es que las

habitaciones son discretamente insonorizadas, de modo que las trifulcas privadas jamás importunan al vecino. Nadie había oído nuestro pequeño altercado.

El hombre yacía en el suelo boqueando, semiinconsciente por el salvaje y súbito dolor de su brazo roto. Tenía motivos para lamentarse, por cuanto había esquivado de hueso atravesándole la piel y a menos que le atendieran pronto, jamás volvería a utilizar la derecha en su vida.

Yo no tenía ninguna prisa en auxiliarle.

Di un puntapié al cuchillo, enviándolo a un rincón y sentándome en la cama, encendí un cigarrillo, examinando a mi visitante con ojo crítico.

Su cara, ahora desencajada por el dolor, tenía algo familiar para mí. Me recordaba a alguien. Si yo hubiese sido entrenado por los federales seguramente le habría reconocido a la primera. Pero en mí nadie perdió el tiempo enseñándome a retener fisonomías. En aquel tiempo hubo otras asignaturas más salvajes y vitales que aprender.

Cuando caí en la cuenta, el hombre empezaba a regresar a este mundo y no pareció gustarle el panorama. Me miró, rabiando, y luego dirigió la mirada al lugar que debía dolerle como el infierno.

La visión del hueso asomándole fuera del brazo por poco no lo desmayó otra vez. Yo dije:

—Es una mala fractura, compañero.

—Llame un médico... necesito ayuda...

—Sí, claro. Lo mismo que yo el enterrador. ¿Cuál es su nombre, compañero?

—¡Al diablo! Llame a un médico o empiezo a gritar.

—Hágalo y le romperé el otro brazo. Imagino que el nombre de Elswyth Miller no le dirá nada...

Enarcó las cejas y emitió un largo quejido. Luego sacudió la cabeza con pesar.

—Es el mío —murmuró.

—¡No me diga!

Fui hacia él y cuando me inclinaba trató de golpearme con la izquierda. Le descargué un puntapié en la cara y algo le sucedió a su nariz, porque empezó, a esparcir sangre en torno, arruinando la alfombra.

—Los tipos como tú, nunca aprenden —comenté, vaciándole los

bolsillos sin más ceremonias.

Resultó que sus documentos estaban a nombre de Elswyth Miller. Me quedé boquiabierto, porque la cosa no tenía sentido.

—De modo que es tu nombre —dije—. A menos, claro está, que estos documentos sean falsos.

—Es mi nombre... ¿Quiere llamar un médico de una condenada vez?

—Sólo cuando ya no tengas nada que decirme.

—No voy a decirle nada, de ningún modo.

—Cambiarás de opinión. Te quedan muchos huesos sanos todavía. Para empezar, ¿quién te ordenó «pasarle» el estuche a Olga? Sus ojos centellearon.

—Así que es cierto que lo tomó usted...

—Ni más ni menos.

—No sabe en lo que se ha metido.

—Ahí tienes toda la razón del mundo, y quiero saberlo. ¿Quién, muchacho?

—No sé nada. No diré nada.

Le abofeteé un par de veces. No muy fuerte. Podríamos decir que fueron bofetadas psicológicas, destinadas a humillarlo un poco más. Su cabeza osciló violentamente y la hemorragia nasal que sufría se agravó.

—Tenemos tiempo —dije—. Sólo que cuanto más transcurra, peor lo pasarás. Quiero saber quién te ordenó «pasar» el estuche de carmín a Olga, y qué pintaba ella en este lío. Quiero que me digas dónde entraba Downes en el juego y por qué la mató antes de que se retirase a su camerino. Y luego aún sacaré algunas preguntas más que habrás de responder, si quieres seguir respirando.

Se quedó mirándome como si yo fuera por lo menos un marciano.

—¿De veras cree que yo sé todo eso? —balbució—. Usted está loco de remate.

—Pudiera ser. Empieza a hablar, Miller. No soy un tipo muy paciente.

—No sabía que Downes hubiera disparado la bala que mató a Olga, eso para empezar.

¿Por quién me toma, hombre? Yo era sólo un mensajero y nada más. Me pagaban quinientos dólares por trabajo y eso era todo.

—¿Quiénes te pagaban, y dónde?

Me miró especulativamente. Estaba mintiendo, y era lógico que lo intentara. Es una retorcida táctica en la que se vierten diez embustes y una verdad. Se gana tiempo, el adversario tal vez le crea a uno y se presente una buena oportunidad de cambiar los papeles.

—Un tal Freeling, en Los Portales.

—¿Ese Freeling te dio el estuche para que lo entregases a Olga?

—Sí.

—¿Qué sabes de El Príncipe?

Me observó completamente atónito.

—¿Es una broma? —tartajeó—. ¿Qué es eso de un príncipe, hombre?

—Volvamos a Freeling. ¿Él te ordenó que me dieras el pasaporte?

—Claro.

—¿Cómo, desde Los Portales?

—Le telefoneé.

—¿A qué número?

Le había pillado y se dio cuenta al instante. Comenzó a quejarse de nuevo, pidiendo un médico y enumerándome los desastres que le sucederían a su brazo si no era atendido a tiempo.

—Mientes como un aficionado, Miller —le espeté—. No llamaste a Freeling porque ese tipo ni siquiera existe. Cuando Nelia te habló de mí pediste instrucciones, eso lo creo. La rubia debió alegrarte los oídos... ¿A quién pediste instrucciones?

—¡A Freeling!

Sin previo aviso le descargué un trastazo en la oreja y le dolió. Estuvo aplastado contra el suelo, lloriqueando, hasta que el tremendo zumbido que debía experimentar dentro de la cabeza dejó de martirizarle.

—¡Se lo diré! —jadeó—. Freeling existe. En Los Portales. Sólo que no sé su teléfono... no sé dónde encontrarlo. Tengo un teléfono, llamo allí y pronuncio su nombre y mi propio teléfono, eso es todo. Es él quien me llama después.

—Ya veo... ¿Hasta dónde está Nelia metida en el juego?

—¡Esa rubia no sabe nada de nada!

—Pero te puso sobre aviso.

—Yo la busqué. La he utilizado siempre como pantalla en el

cabaret, pagándola bien. Me dijo lo que había hablado contigo, creyendo que eras un detective privado o algo así... La dejé y llamé al número de Freeling.

—Y él te dijo que me despacharas.

—Sí, así fue.

De nuevo estaba mintiendo y se lo dije.

—Voy a tener que hacerte daño de verdad, Miller —le interrumpí—. Si tú fueses un simple mensajero como afirmas, Freeling no confiaría en ti para un asesinato de este calibre.

—No disponía de nadie más en El Paso...

—¿Cuál es el número al que llamas, en Los Portales?

—¿Llamará a un médico si se lo doy? —jadeó, esperanzado.

—No. Sólo cuando acabemos tú y yo... si estás vivo para entonces.

—¡Váyase al infierno! —barbotó—. Sólo seguiré hablando si trae un doctor...

Volteé la mano y el puñetazo le cazó de lleno en la mejilla. Dio una voltereta completa sobre sí mismo, porque esta vez el golpe no fue psicológico, sino brutal.

Se revolvió en el suelo con una mirada de pánico en sus ojos. Comenzó a escupir cuajarones de sangre, balbuciendo algo que no entendí. Estaba tan horrorizado que ni siquiera lograba articular una palabra inteligible.

Tardé demasiado en comprender. Si no hubiese estado desentrenado tal vez hubiera podido salvarle, dándome cuenta a tiempo de lo que era que estaba sucediéndole.

Eso, suponiendo que yo hubiera deseado salvarle.

Se retorció sobre sí mismo y una espuma sucia asomó entre sus rígidos labios. Sólo entonces comprendí, pero ya era demasiado tarde para hacer nada, si hubiera deseado hacer algo por él.

Murió retorciéndose como un gusano, olvidado de su brazo roto y de su nariz aplastada. Murió porque como muchos otros de su calaña, en este sucio trabajo nuestro, llevaba una diminuta cápsula de cianuro adherida al paladar y mi tremendo puñetazo en la mejilla se la había roto, o desprendido. De cualquier modo no importaba mucho, excepto el problema que significaba un cadáver en mi habitación del hotel.

Pero el hecho de que hubiera llevado aquella cápsula delataba

sin ninguna duda que el tal Miller había sido algo más que un sencillo mensajero...

CAPÍTULO V

Poco antes del alba es la única hora en que un hotel de lujo está aletargado.

Nunca duerme, por supuesto. Infinitos servicios permanecen en constante vigilia, pero los pasillos y las habitaciones están silenciosos. Las parejas han dejado de jugar y duermen. Los huéspedes tranquilos están en lo más profundo y beatífico de su sueño, y en cuanto al personal de guardia, dormita en sus cubiles, o se juega los cuartos en algún rincón donde no pueda sorprenderles el jefe.

Salí al pasillo y estaba desierto. La habitación vecina a la mía, por el lado, de la escalera estaba ocupada por una respetable matrona toda grasa y sonrisas, a la que había visto una vez, durante el día.

La del lado opuesto era la que me interesaba. Tal vez estuviera libre, y si no lo estaba posiblemente la paz del hotel se vería violentamente alterada.

Tanteé la cerradura. Mis dedos no tenían la vieja habilidad de otros tiempos, pero hicieron un buen trabajo dadas las circunstancias. Abrí la puerta en silencio y me colé dentro.

No había nadie en la cama. Todo estaba en perfecto orden, hasta la alfombra del suelo, idéntica a la de mi habitación.

La arrollé rápidamente y volví a mi cuarto. Minutos después, mi propia alfombra estaba en el vacío, junto con el cadáver de Miller.

Cuando me metí en la cama, no quedaba en mi habitación ni el menor rastro de lo sucedido. La policía y la administración del hotel se volverían locos intentando saber qué había pasado con él, para ellos, desconocido Elswyth Miller.

No volví a dormir porque mi mente se había disparado y trabajó

a toda presión hasta media mañana.

No me gustó ninguna de las conclusiones a las que llegué. Hubiera deseado tener al viejo al alcance de la mano y quizá con él hubiera realizado mi último y concienzudo trabajo, dado mi estado emocional de aquellos momentos.

Todo lo que pude hacer fue llamarle por teléfono desde una cabina pública de la central telefónica.

El teléfono al que llamé era casi tan complicado como el que mencionara Miller de Los Portales.

Había que discar el número, esperar a que llegara una respuesta automática y entonces pronunciar una estúpida frase convenida. Luego había que colgar, esperar diez minutos justos y volver a marcar el mismo número y al instante la voz bronca del condenado tipo estaba ahí.

Le gustaban esas complicaciones de opereta. Quizá, hasta era posible que alguna vez fueran efectivas, aunque yo lo dudaba.

—Hable, MacLean —dijo la voz lejana del gran hombre.

—Olga ha muerto, señor.

—Lo sé. Recibo teletipos, leo los periódicos. ¿Qué más?

—Ni el menor rastro de su amigo hasta ahora. Pero están pasando cosas muy curiosas. ¿Qué pintan los federales en este embrollo?

—¿Qué?

—Federales. FBI. Los chicos de Washington. Hube de acogotar a dos de ellos para evitar que me pusieran las esposas.

—Ya veo...

—Quiero saber en qué clase de nudo corredizo estoy metiendo la cabeza para seguir el juego, señor. De lo contrario renuncio desde ahora.

—Deme tiempo, MacLean.

—¿Cuánto tiempo?

—Le llamaré al hotel.

—No.

—Sólo para que sepa que debe telefonarme usted desde un lugar seguro.

—Está bien, señor.

—Lamento lo de esa mujer, créame, a pesar de que militaba en campo contrario.

—Cosa que usted ya sabía, naturalmente.

—Sí, claro.

Colgué para evitar que sus orejas ardieran.

Él lo había sabido todo el tiempo, desde ocho años atrás, cuando se la dio por muerta después del alboroto de Cannes. No quiso decírmelo, claro. Debíó temer que ella lograra atraerme también al otro bando...

Condenado viejo...

No llamó en todo el día, y al anochecer, salí dispuesto a tener una parrafada con la rubia Nelia. Si no tenía nada que ver con los tipos que manejaban el asunto, bien, saldría más o menos bien librada. Pero si había estado jugando a espías, iba a pasarlo tan mal como su amigo Miller.

El Paradiso aún olía a sangre, de modo que estaba abarrotado de un público excitado y curioso, poco habitual de lugares como aquel agujero.

Había tanta gente que hube de abrirme paso a codazos para llegar hasta el bar.

Por lo menos tres filas de bebedores se agolpaban allí, ocupando hasta la última pulgada cuadrada de terreno. Me situé al final del mostrador y di un vistazo a los dos mozos que se volvían locos tratando de complacer a tanto bebedor.

Uno de ellos lucía una nariz roja e hinchada. Le reconocí y pensé que a él no le gustaría mucho verme de nuevo.

Nadie me prestaba atención, así que retrocedí hasta la escalera y subí a la planta superior. Las dos puertas estaban cerradas.

La que correspondía a la oficina donde Downes encajara un plomo de mi «Luger» aparecía precintada. Era curiosa la manera de discriminar que tenía la policía en ese pueblo. Precintaban el despacho y dejaban seguir funcionando el *cabaret*, a pesar de que en la sala de abajo habían asesinado a una mujer...

De modo que me quedaba la otra puerta. Saqué la pistola, hice saltar el seguro y tras esto, abrí la puerta de golpe.

El enorme individuo que recibiera mis saludos, estaba allí.

Lucía un flamante vendaje en torno a su cabezota y tenía una expresión feroz en su cara amazotada.

Su ferocidad se acentuó al reconocermme. Se quedó helado, rabiando, porque una vez más se encontraba frente a mi pistola sin

que él pudiera utilizar el revólver que llevaba en la axila.

Cerré la puerta a mis espaldas.

—Pensé que llevarías luto por tu patrón, Munro. ¿No es así como te llamas? Lo vi anoche, en tus documentos.

—Fue usted quien le mató, ¿eh?

—Explicártelo con detalle sería demasiado complicado. ¿Has ocupado su puesto ahora?

—¿A qué ha venido?

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Quién es ahora el jefe aquí?

—El *cabaret* pertenece a un consorcio. Downes no era más que uno de los socios.

—¿Y tú?

—Soy un empleado.

—Debes tener un trabajo muy interesante si lo realizas con el «38» que llevas bajo el brazo.

Soltó un gruñido. Señalé una silla y sentóse en ella a regañadientes, temiendo que le sacudiera otra vez con el cañón de la «Luger».

—Háblame de ese consorcio. ¿Quiénes son los otros socios?

—Eso puede averiguarlo con sólo consultar el registro mercantil de la ciudad...

—Demasiado trabajo.

—Se llaman Calder y Gordon. Tienen otros negocios de este tipo...

—¿Quién contrató a Olga?

—¿Olga...? Oh, comprendo... Aquí se hacía llamar Marsa. Fue Downes, sin duda.

—¿Intimaron los dos?

—¿Quiere decir si se entendían?

—Eso mismo.

—Salían juntos algunas noches, después de cerrar. No muy a menudo.

—¿Por qué Downes la mató anoche?

—No lo sé.

—Vas a recibir, si no cooperas.

—Me he devanado los sesos intentando comprenderlo. Fue una cosa absurda. Le juro que apenas di crédito a mis ojos cuando le vi disparar...

—¿Le viste?

—Desde la mirilla de la pared.

—Ya...

—Pensé que se había vuelto loco de repente. Luego le oí entrar en su despacho y no me atreví a ir allí. Entonces llegó usted y... Bueno, ya sabe.

—¿Los hablaste de mí a los polizontes? Se encogió de hombros.

—No pude decirles mucho.

Parecía sincero, aunque uno nunca puede estar seguro de nada con esos tipos.

—¿Conoces a una rubia que se hace llamar Nelia?

—Sí...

—¿La has visto esta noche?

—No... creo que no.

—¿No estás seguro?

—Hay demasiada gente abajo. Pero no recuerdo haberla visto.

—Dime dónde vive y quizá te libres de otro disgusto.

Se acarició el vendaje de modo instintivo y refunfuñó algo entre dientes, algo que sonaba muy mal.

—Tiene un apartamento en Madison Street. El número diez, creo.

—¿No estás seguro?

—Del número, no.

—¿Y de su teléfono?

—Ni siquiera sé si lo tiene.

—Todas esas fulanas tienen teléfono. Forma parte del equipo comercial de su industria.

—Usted parece saberlo.

—Bueno, ya nos veremos otra vez, Munro. De momento, saca ese revólver que llevas y tíralo al suelo. No, así no, hermano; con la izquierda y utilizando solo dos dedos.

Lo hizo a regañadientes.

—Ahora empújalo hacia mí con el pie... Así está bien.

Recogió el arma del suelo y valiéndome sólo de la izquierda, abrí el cilindro a un lado, de modo que saltaran los seis cartuchos.

—Encontrarás el arma en la escalera cuando yo me haya marchado. Y no te des prisa en advertir a Nelia de mi visita, porque si lo haces, volveré y es posible que las orejas te ardan.

—Mire, me pagan para mantener un mínimo de orden en el local. Pero no me pagan lo suficiente para hacerme matar. Lárguese y olvídese de mí, ¿sí?

Salí y cerró la puerta. Dejé el revólver en los primeros peldaños y me escabullí del *cabaret* sin haber llamado la atención de nadie. Hay ocasiones en que las aglomeraciones de gente son una gran cosa para pasar desapercibido...

CAPÍTULO VI

Llamé y no respondió, a pesar de que por debajo de la puerta se filtraba una línea de luz.

La rubia debía estar muy ocupada.

Volví a llamar sin que acudiera a abrir. Si estaba con alguno de sus amigos, quizá no quería interrupciones.

Probé el tirador, pero estaba cerrada con llave, así que el siguiente paso consistió en una hábil manipulación de la cerradura, que resistió mucho más tiempo del calculado.

Al fin cedió y yo me colé dentro en silencio. Cerré sin dejar que la cerradura volviera a encajar, entre otras razones para evitar un chasquido delator, y también por si había que salir de allí apresuradamente. Uno nunca sabe...

Avancé por el iluminado apartamento. No había mucho orden que digamos, y flotaba un olor dulzón y cargante en la atmósfera. El aire estaba muy viciado allí dentro.

En el dormitorio sufrí una especie de decepción, porque la gran cama estaba vacía y en desorden. De modo que Nelia no estaba dedicada a una de sus sesiones de trabajo.

Abrí una puerta tapizada de rosa. Comunicaba con un espacioso cuarto de baño, y Nelia estaba allí, metida en la bañera.

Era como si se hubiese bañado con su propia sangre, pero no de una vez, sino por etapas, porque estaba casi hecha pedazos.

Estuve mirando el sangriento despojo con una cierta sensación amarga subiéndome por la garganta. Aquella carnicería no tenía explicación.

Pero delataba el trabajo de alguien con el cerebro podrido. Nadie más o menos cuerdo sería capaz de cometer una salvajada como aquélla.

Yo estaba seguro de que El Príncipe no estaba loco. Por lo menos, no del todo. Pero sí era un sádico, juzgando por lo que constaba en su historial.

Ése nauseabundo trabajo cuyos despojos reposaban en la bañera muy bien podía ser obra suya. Pero ¿por qué matar a Nelia?

Y si había sido obra de El Príncipe, había cometido un error, puesto que acababa de delatar su presencia en El Paso.

Bueno, no me quedaba nada que hacer allí. Nelia ya no podía dar respuesta a mis preguntas. Retrocedí hacia el dormitorio, y en aquel instante escuché el chasquido de la cerradura al encajar en su sitio. Alguien acababa de cerrar la puerta.

Me agazapé al otro lado de la cama y esperé. Oí unos pasos titubeantes, de mujer, y luego una voz queda.

—¡Señorita Hall! ¿Está usted ahí? ¡Señorita Hall!

No me atreví a levantar la cabeza hasta que escuché sus tacones alejarse hacia el cuarto de baño. La misma voz temblorosa aún dijo:

—Soy Gale, hablé con usted por teléfono... ¿Dónde está usted, señorita...? La voz se quebró en un agudo aullido de terror.

Acababa de descubrir el contenido de la bañera.

Asomé un ojo a tiempo de ver a la muchacha retroceder a trompicones, manoteando y sacudiendo la cabeza. Estaba mirándola aún cuando dejó de alborotar, las piernas se le doblaron y cayó de costado, inconsciente.

Salí de mi escondrijo y encendí un cigarrillo, un tanto perplejo por la presencia de la hermosa desconocida.

Di por sentado que debía ser hermosa, juzgando por lo que había visto de su tipo soberbio.

Me acerqué a ella. No sólo era soberbio su tipo, sino que las piernas, al descubierto en su totalidad, gracias al revuelo de su falda, eran dignas de una modelo.

Llevé la mirada hacia su cara inerte.

No me desmayé porque eso no me fue enseñado en mis buenos tiempos, pero poco faltó para que me cayera de espaldas.

Ahí era nada, contemplar a Olga viva, después de haberla visto morir en mis manos. Fascinado, no pude apartar la mirada de aquel rostro de una belleza subyugante, perfecta; aquel rostro que traía a mi memoria horas de arrebatada locura, de delirantes besos, de amarnos desesperadamente, porque los dos sabíamos que aquélla

podía ser la última vez...

Sólo que ese rostro bellísimo había rejuvenecido desde que lo viera muerto entre mis manos, y yo no creo en milagros.

Al fin la levanté en brazos, llevándola a la cama. Allí la deposité suavemente y seguí mirándola, absorto, evocando el pasado, creyendo que por alguna jugarreta del destino, me era dable vivirlo de nuevo.

Sólo que no se pueden revivir horas pasionales con un cadáver de mujer casi descuartizado a pocos pasos de distancia.

Me senté sobre el borde del lecho y esperé pacientemente hasta que la muchacha rebulló.

Emitió un gemido y parpadeó. La visión que quedara grabada en sus retinas la hizo saltar en el aire y quedar sentada con una mirada desorbitada en sus profundos ojos verdes.

—Tranquilícese —dije, dominando mi voz—. No tiene nada que temer.

Me miró como si no me viera. Luego, sus pupilas giraron hacia la puerta abierta del cuarto de baño. Trató de hablar y no pudo.

—Sí, ya sé que es espantoso y todo lo demás, pero no tiene remedio. ¿Quién es usted?

—Gale... ¡Dios mío! ¿Quién...?

—¿Quién lo hizo quiere saber? Le aseguro que yo también quisiera saberlo.

Cuanto más la miraba, más parecido con Olga le encontraba. Eran sus mismos ojos, la misma expresión crispada de su boca, cuando estaba en tensión...

De pronto se quedó mirándome con extraña fijeza, y poco a poco, sus ojos fueron agrandándose.

—No pierda la brújula, pequeña. Yo no hice esa chapuza de ahí dentro. Eso es obra de un carnicero loco.

—Usted... usted...

—¿Qué pasa conmigo?

—¡MacLean! Quedé mudo.

—¡Usted es MacLean! —repitió, atónita.

—Tiene una ventaja sobre mí, ya que sabe mi nombre sin que haya tenido que decírselo. A menos...

Asintió en silencio, mirándome fascinada.

—Gale Costain —dije con voz ronca—. Hermana de Olga... ¿Es

así?

—Sí...

—Nunca supe que ella tuviera una hermana. No me habló jamás de usted. Estaba seguro de que Olga no tenía familia.

—Yo era toda su familia.

Su voz se quebró y vi asomar lágrimas en sus ojos. Sin dejar de mirarme, susurró:

—¡Ahora comprendo! Usted es el «hombre grande» de que hablan los periódicos... el hombre que la sostuvo cuando murió...

—No creo ser tan grande.

—Pero fue usted, ¿no es cierto?

—Sí. Fue todo lo que pude hacer por ella.

Dio un vistazo a la puerta del baño y una violenta náusea la hizo encorvarse. Luchó por dominarse y al fin musitó:

—Por favor, sáqueme de aquí.

—¿Está segura que puede sostenerse de pie?

—Creo que sí...

Caminó muy tiesa hacia la puerta. Saqué mi pañuelo y froté con todo cuidado el tirador y sus alrededores. Quizá quedase alguna huella de Gale, pero era imposible hacerla desaparecer sin saber si existía.

Ella no respiró normalmente hasta encontrarnos en la calle.

Echamos a andar uno al lado del otro, entre la oscuridad, las luces de los faroles y el silencio.

Ella lo rompió al fin.

—Quisiera beber algo —murmuró—. Me tiemblan las piernas, ¿sabe?

—Es lo menos que puede sucederle.

La llevé a un bar y nos sentamos en un rincón apartado.

Pedí dos vasos de *whisky* con hielo y guardamos silencio mientras nos servían. Después esperé a que hubiera bebido para preguntarle:

—¿Cómo pudo reconocerme, si nunca nos habíamos visto antes?

—Tengo una fotografía suya. Arrugué el ceño.

—Gale, está mintiendo. Jamás me dejé fotografiar. Me miró asombrada.

—¡Pero Olga trajo una fotografía suya, hace años! —exclamó—. La he guardado desde entonces por si... Bueno, por si mi hermana

la reclamaba. Usted lo era todo para ella.

—No construya una historia romántica, muchacha. Yo no significo nada para nadie.

—No comprende... Olga le amaba. Siempre le amó.

—¿Se lo dijo a usted?

—No necesitaba decírmelo.

—¿Cuántos años tiene, Gale?

—Veinticinco. Y ya no soy ninguna niña.

—Lo parece juzgando por sus ideas románticas... Bueno, dejemos eso. ¿Cómo apareció usted en el apartamento de Nelia justamente esta noche?

—Porque habíamos quedado en vernos... La llamé por teléfono esta tarde.

—Muy bien, la llamó por teléfono. Pero lo que quiero saber es de qué diablos conocía usted a una mujer semejante. La conocía lo suficiente para saber su teléfono, y fijar una cita para semejantes horas de la noche.

—Yo... no la había visto nunca. Pero Olga me habló de Nelia la última vez que estuvo en mi casa. Creí comprender que eran amigas, y como recordaba su dirección busqué su teléfono en la guía.

—¿Por qué?

—Quería saber cosas de mi hermana... estaba asustada, intrigada...

—¿Nunca supo la clase de trabajo que llevaba a cabo Olga?

—Todo lo que llegué a saber fue que... que su vida no era ejemplar. Eso, ella nunca lo negó.

—Ya veo. Me gustaría saber a qué llama usted una vida ejemplar. Olvídelo —añadí apresuradamente—. ¿Se siente mejor?

—Creo que sí.

—Ahora la llevaré a su casa.

—No quiero volver... aún. Quiero saber cosas de Olga, y de usted.

Lo que yo podía contarle no era apto ni para cardíacos ni para oídos más o menos honestos e inocentes, así que sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Materia censurada —dije—. Cambie de tema.

—¿Me toma por una criatura? Sé que fueron amantes, usted y

Olga. Sé que ella le amaba profundamente, que sufrió de modo terrible cuando le perdió...

—Más despacio, Gale. ¿Le dijo ella que me había perdido... «a mí»?

—Ciertamente que lo dijo.

—Es curioso, porque quien la perdió realmente fui yo, al creer que estaba muerta. Pero ella pudo haberme localizado si lo hubiera deseado realmente.

—Debió suceder algo entre ustedes...

—Sucedieron muchas cosas. Pero hace ocho años de eso.

—¿Y la ha recordado todo ese tiempo?

—Mentiría si le dijera que sí. El tiempo es implacable, incluso con los buenos recuerdos. No me acordé de ella hasta que alguien me dijo que actuaba en ese *cabaret*, hace algunos días.

—Ya... claro, es lógico que fuera así si la creía muerta.

Seguía convencida de sus ideas románticas. No supe si eso era bueno o malo para una muchacha semejante. De cualquier modo, no era nada que me interesara de modo especial.

—Dígame qué era lo que mi hermana hacía, MacLean. Usted debe saberlo.

—¿Para qué, si ella está muerta? Lo que sea que hiciera, ya no importa ahora.

—Me importa a mí. Era mi hermana, ¿comprende?

Y durante años, permanecimos distanciadas. Ojalá yo... yo hubiera sido más comprensiva.

—No puedo hablar de ciertos temas, déjelo así y no insista. No es nada agradable, de todos modos.

—Lo averiguaré por otros conductos.

—¿Cómo Nelia, por ejemplo?

Se estremeció. Agarró su vaso y lo vació a grandes sorbos, casi ahogándose.

—¿Cuándo vio a su hermana por última vez, Gale?

—Hace un par de meses... quizá un poco menos.

—¿Sabe si tenía alquilada alguna caja de seguridad?

—Lo ignoro.

Me encogí de hombros. En realidad no había esperada que ella pudiera resolver el misterio de la pequeña llave.

Nos levantamos, fui al mostrador y pagué las bebidas.

En la acera caminamos un trecho en silencio, hasta que pasó un taxi libre y lo llamé.

—Te acompañaré —dije sin entusiasmo.

Me miró, dudando. Intentó sonreír y hacerlo le costó un esfuerzo.

—No parece tener mucha práctica —comentó.

—¿Práctica?

—En acompañar chicas a casa a altas horas de la noche.

—No es mi deporte favorito, desde luego. Los años, supongo.

—¿Sabe una cosa, MacLean?

—¿Qué cosa?

—Me gustaría rejuvenecerlo.

Antes de que pudiera captar el exacto sentido de esas palabras, dos individuos aparecieron como por ensalmo. Los dos llevaban pistolas en las manos y una cosa puedo decir sin equivocarme. No eran aficionados.

CAPÍTULO VII

Si yo fuera aficionado a buscar excusas para mis fracasos, hubiera podido pensar que me sorprendieron a causa de estar distraído con la muchacha.

Pero se suponía que tenía suficiente experiencia como para no distraerme por un motivo tan fútil.

Hubiera podido aportar algunas excusas más en mi descargo si hubiese sido preciso, pero lo cierto era que los años y la inactividad no habían pasado en vano.

En los buenos tiempos, jamás habrían podido pillarme tan estúpidamente desprevenido.

Una de las pistolas me hurgaba la espalda como si quisiera hacer un agujero con el cañón. El otro tipo enseñó la suya al taxista y dijo:

—¡Largo! Olvida lo que has visto si sabes lo que conviene.

El taxista sabía lo que le convenía. Metió una marcha y salió disparado. Gale abrió la boca como si fuera a gritar. El mismo individuo le advirtió:

—No grites, nena, o te mueres. Caminen los dos, despacio, con naturalidad... Así está bien.

Pensé amargamente en la «Luger» que descansaba en mi arnés de cuero. Con aquel par de buitres a mis costados, la pistola era tan inaccesible como si me la hubiese dejado en la habitación del hotel.

En la esquina había un largo sedán negro esperando. El conductor abrió la portezuela posterior y entró primero el más silencioso de los dos fulanos. Luego nos obligaron a entrar a nosotros, y el parlanchín lo hizo el último. Cerró la portezuela y quedamos los cuatro comprimidos en el asiento.

—Vámonos, Mike —ordenó el pistolero de la voz cantante.

Mike, el chófer, arrancó con suavidad, aceleró y comenzamos a rodar por las desiertas calles. Minutos después dejábamos atrás la ciudad y el coche comenzó a dar saltos por una estrecha carretera de tercer orden.

—Bueno —dije—. Quizá ahora alguien quiera aclarar este lío.

Por toda respuesta, volteó la mano armada y me golpeó la cara con la pistola. Dolió, claro. El esperaba que yo me quejara y me quejé.

El otro gruñó:

—Debe llevar armas, Bucky. No pierdas tiempo y regístrale.

El tal Bucky pareció asombrado de que la idea no se le hubiese ocurrido a él. Casi se echó encima de mí, hundiéndome brutalmente el cañón de su pistola en la barriga, y me arrebató la «Luger» de un zarpazo.

Dio la sensación de sentirse avergonzado por semejante fallo por su parte. Quizá para resarcirse de ese fallo volvió a golpearme y Gale chilló.

Yo dije:

—No grites, pequeña. El hermano perro sólo está divirtiéndose un poco.

—¿Qué quieren de nosotros, MacLean?

—Sea lo que fuere, puedes apostar que no es nada bueno.

—¡Cerrad la boca! —gritó el conductor, sin volver la cabeza.

Callamos. Traté de fijarme en el camino que seguíamos, pero estaba tan oscuro, que resultaba imposible ver nada más allá de las ventanillas, excepción de algún que otro árbol raquítico y aislado, o algún amontonamiento de rocas y arena.

Al fin el coche se detuvo con un chirrido de neumáticos. Lo hizo frente a la mole oscura de una casa en tinieblas.

El que me había golpeado, se apeó al mismo tiempo que el chófer. Pero el cañón de su pistola no dejó de apuntarme ni medio segundo.

—Abajo —ordenó.

Nos condujeron hacia la casa, cuya puerta había abierto el conductor, quien también encendió las luces del *hall*.

Era una casa grande, con muebles de estilo, cortinajes, cuadros y polvo. Uno tras otro fuimos a parar a lo que, con cierta imaginación, podría catalogarse como salón principal, al menos por

su tamaño.

Allí pudimos vernos las caras. Las nuestras ignoro qué efecto les causaron. Las tuyas a mí no me gustaron en absoluto.

Nos empujaron hasta dos grandes butacas. El silencioso se acomodó en otra siempre vigilándonos. Mike, el chófer, se limitó a apoyarse en una mesa. El otro, Bucky, descolgó un teléfono y tras discar un número, esperó.

Cuando obtuvo comunicación, dijo:

—Tenemos al tipo con nosotros... Seguro, es el mismo. Pero hemos traído también una mujer que estaba con él... ¿Qué...? No, esa tipa se metió también en el apartamento de la rubia, así que decidimos traerla.

Estuvo escuchando unos instantes. Se oía crepitar una voz en el auricular. Al fin, el pistolero dijo:

—De acuerdo. No creo que haya muchas dificultades.

Colgó, volviéndose hacia nosotros. Estuvo examinándonos por espacio de un minuto.

Luego, cachazudamente, vino hacia mí con una mirada brillante en sus ojillos de rata.

—Creemos que tienes algo que nos pertenece, MacLean... ¿No es así como te ha llamado tu amiga? MacLean, ciertamente. Bueno, queremos el estuche de carmín.

Puse cara de idiota.

—¿Un estuche de carmín? —exclamé—. ¿Qué idiotez es ésta?

Me sacudió sin previo aviso. El golpe me dio de refilón en la cabeza y reboté contra el respaldo de la butaca.

—No queremos perder el resto de la noche contigo, así que habla y te ahorrarás un mal trago. Y se lo ahorrarás a tu chica.

—No es mi chica. Acabo de conocerla esta misma noche.

—No importa. Los dos estáis en el baile, así que decide.

—¿Qué diablos...? No sé nada de ningún estuche de carmín.

Esta vez fue el silencioso quien dio un paso adelante y me golpeó la cabeza con su arma. Comencé a flotar en una marea espesa y oscura y creo que tardé un poco en salir a flote de nuevo.

—Quizá sea mejor que hagamos algo con tu chica. Eso te hará hablar, porque de lo contrario, ella quedará muy estropeada.

—No es mi chica —insistí.

—Veremos.

Bucky alargó la mano izquierda. Dio un tirón y la blusa de Gale se desgarró de arriba abajo. Él se quedó con la tenue prenda entre las manos y ella quedó solo con un sostén cuajado de encajes.

Dio un pequeño grito de terror. Instintivamente, intentó cubrirse el pecho con las manos, pero no podía hacer mucho y lo dejó correr.

—¿Todavía no, Mac? —cacareó Bucky.

—Pierden el tiempo.

—Nosotros nunca perdemos el tiempo. Sabemos que fuiste tú quien estuvo con la fulana del *cabaret* cuando reventó. Te vieron meterle la mano en el escote y supongo que no dirás que tratabas de comprobar si aún le latía el corazón.

—Justamente para eso lo hice.

—Entonces, estás muy mal de anatomía, porque el corazón no está en el centro del pecho, ni a la derecha. Vamos, no tienes escape y lo sabes, como nosotros sabemos que posees el estuche. Se lo quitaste a Marsa, así que acabemos.

Desde la mesa, Mike aventuró:

—Quizá si hacemos algo con la chica, cambie de opinión. ¿Te la llevas tú, Bucky, o lo hago yo?

—Llévatela. Nosotros cuidaremos del tipo, para que no alborote.

Gale me dirigió una mirada de angustia. Luego, Mike la atrapó por el brazo, levantándola en vilo. Enseñaba los dientes en una mueca lasciva. Comenzó a tirar de la muchacha hacia la puerta.

Ella chilló:

—¡MacLean, haga algo, por piedad!

—¿Qué quiere que haga, con dos pistolas vigilándome?

—¡Ayúdeme, no deje que me lleve...!

—No tengo vocación de héroe muerto, muchacha.

—¡Entonces, díales lo que quieren saber! ¿No comprende lo que... que van a hacer conmigo?

—Lo malo de todo esto, es que no quieren creer la verdad. No tengo ni la más remota idea de lo que quieren.

Supongo que en mi lugar, otro hubiera saltado sobre Mike, o contra Bucky. Habría recibido una bala en las tripas, claro, pero para él, la muerte hubiera sido dulce ante el deber cumplido y todas esas estupideces.

O quizá hubiera decidido confesar el escondrijo del dichoso

estuche de carmín.

Después de todo, sólo guardaba un diminuto microfilm, cuyo contenido ignoraba.

También así seguramente habría evitado que Mike se divirtiera un rato con la heroína del drama. O quizá no, vaya usted a saber. Lo que sí era seguro, sin la menor duda, era que tan pronto hubieran tenido el estuche en su poder, Gale y yo seríamos una pareja de cadáveres.

De modo que pensando con un poco de sentido común, no había mucho donde elegir.

Gale y Mike desaparecieron más allá de la puerta. Oí los chillidos de la muchacha unos instantes, y luego el estallido de una bofetada, y más gritos. Después se hizo el silencio.

Bucky cacareó:

—¿No tienes nada que decir, pichón? Aún estás a tiempo... Ale encogí de hombros.

—Lo siento por esa pobre chica —dije—, pero no hay nada que yo pueda decir... El silencioso barbotó un juramento y luego añadió:

—Me dan ganas de volarte los sesos.

—¿Antes de estar seguro de si poseo el estuche o no? Me parece que eres el más idiota de los tres, baboso.

Se puso en marcha hacia mí como un cohete. El otro aulló:

—¡Quieto, Contino! Le necesitamos vivo.

—Sólo quiero estropearlo un poco.

Llegó y volteó la mano armada. El golpe me arrojó fuera de la butaca y él se precipitó sobre mí, pateándome con desatada furia, chillando entre dientes de un modo que daba escalofríos.

Rodé hecho un ovillo. El dolor se convirtió en una marea sin que se presentara la menor oportunidad de hacer algo para acabar con el suplicio.

Jadeando, Contino se detuvo junto a mí. Bucky gruñía entre dientes. Debía disgustarle ver el estado de su socio, histérico como una mujerzuela.

Yo dije con voz entrecortada:

—Si no te matan antes, acabarás encerrado en un manicomio, baboso. Soltó un rugido y de nuevo saltó sobre mí. Utilizaba los pies como mazas.

Al fin pude atraparle un tobillo. Di un tirón y se derrumbó al suelo. Rodé con él, casi abrazándole, pero en realidad, sujetándole la mano armada, mientras Bucky comenzaba a alarmarse.

—¡Suéltale, Contino, maldita sea! —bramó.

Yo estaba mirando a los ojos de Contino cuando logré que disparara. Eran unos ojos sucios, viles, sin fondo. Hice que tirara del gatillo casi espasmódicamente, y tenía el cañón de su poderosa automática apretado contra su estómago.

Sus ojos giraron como globos de cristal y yo le arrebaté la pistola y salté. Bucky disparó enfurecido y falló.

Estaba chillando y revolviéndose para cazarme, cuando disparé.

La primera bala le abrió un nítido agujero redondo y oscuro. Pero la segunda produjo unos destrozos enormes y para entonces, ya estaba muerto.

Quedé agazapado, oyendo los jadeos agónico de Contino, cuyas tripas debían arderle como el infierno.

Esperé.

No mucho. Cuatro o cinco segundos tan sólo.

Entonces, se abrió la puerta y apareció Mike, empuñando su pistola, y jurando a voz en grito.

Encajó una bala y dio un salto atrás. Antes de que desapareciera, aún pude clavarle otra para estar seguro de que no alborotaría más y entonces respiré a pleno pulmón el acre olor a pólvora.

Me acerqué a Contino dominando las náuseas y el dolor. Seguramente tenía alguna costilla rota, o el hígado reventado a juzgar por el apestoso sabor de boca que sentía. Le miré un instante en su agonía, bajé la pistola y le metí una bala entre las cejas.

Oí un grito a mis espaldas y me volví en redondo, agazapado, enfurecido.

Era Gale, y me miraba con pupilas dilatadas por el horror, como si estuviera viendo al diablo en persona que de repente hubiera brotado de la tierra entre nubes de azufre.

Estaba con las ropas desgarradas, el busto lleno de arañazos y su hermosa cabellera desgredada. Dio otro grito histérico, le fallaron las piernas y se desplomó.

Recuperé mi «Luger», limpié con exquisito cuidado la pistola de Contino y luego la coloqué entre los dedos de Bucky. Cuando los polizontes los encontrasen, iban a tener un buen dolor de cabeza

con aquel arma, y las balas disparadas.

Tras esto, me acerqué a Gale. Ésa era su noche de los desmayos.

La levanté en vilo, salí de la casa y la deposité en el coche. Luego, volví a entrar y registré los tres cadáveres. Sólo que éstos habían sido buenos profesionales y ninguno llevaba nada comprometedor encima.

Los dejé donde estaban, apagué las luces y regresé al coche.

Lo conduje por el infame camino. Gale no recuperó el sentido hasta un par de millas después, y yo estaba demasiado ocupado fijándome en la dirección y posición de aquélla, maldita carretera para prestarle ninguna ayuda.

Comenzó a sollozar mansamente, acurrucada en el asiento. Era un llanto amargo, profundo y quieto. No dije nada hasta llegar al cruce con la carretera general, ya en las proximidades de El Paso.

—¿Te sientes mejor?

No fue nada ingenioso. Me miró de reojo y susurró:

—Le... le odio...

—Sí, bueno. Eso no hace daño a nadie.

Paré el coche fuera de la carretera, encendí dos cigarrillos y le pasé uno. Chupó ávidamente y se atragantó con el exceso de humo. Comenzó a toser. Luego volvió a llorar.

Esperé, saboreando el humo del tabaco. El apestoso sabor de boca que había sentido desaparecía poco a poco. Quizá, después de todo, mi hígado estuviera aún en buenas condiciones. Pero mis costillas no, a juzgar por cómo me dolían.

Tuve tiempo de apurar el cigarrillo y encender otro antes de que ella hablara de nuevo.

Y entonces sólo dijo:

—Es usted despreciable... Le odio.

—Eso ya lo dijiste antes. Tú querías saber la clase de trabajo que realizábamos Olga y yo. ¿No es cierto? Bueno, acabas de presenciar una pequeña muestra. No es nada romántico, ¿verdad? No tiene la menor sombra de limpieza, ni de honor patriótico. Ahora, ya lo sabes y cuanto antes aceptes la realidad, mejor para ti.

Me miró espantada. Le devolví la mirada y añadí:

—Trata de olvidar lo que te ha sucedido. Todo lo que ahora necesitas es un buen baño y una noche de sueño. Te llevaré a casa.

—Nunca podré olvidarlo. ¿Cómo podría...? Ha sido horrible.

Aquel hombre llevándome con él... y usted sin hacer nada... y los otros riéndose de aquel modo. Y luego...

—No te hizo nada. Piensa eso y todo irá bien.

—¿Cómo puede saberlo usted?

—Mira, a mí particularmente no me preocupa demasiado. Es a ti a quien debe preocupar lo que sucediera más allá de aquella puerta, pero o lo olvidas, adaptándote a la situación, o empieza a buscar un buen psiquiatra, si prefieres tomarlo por el lado trágico.

—¿Qué clase de monstruo es usted, MacLean?

No repliqué. Metí el coche en la carretera y entramos en El Paso con el alba.

CAPÍTULO VIII

Resultó que se alojaba en un pequeño motel compuesto por rústicas cabañas confortables. Entramos y ella corrió al dormitorio para colocarse otras ropas encima. La seguí y antes de que pudiera cerrar la puerta, coloqué el pie y se lo impedí.

—Toma un buen baño y te sentirás mejor —dije—. No tengo ninguna prisa.

Me miró echando chispas. Se recobraba poco a poco y algo del genio de su hermana debía tener, cuando después de todo lo vivido por mí esa noche y otras muchas noches, aún consiguió desconcertarme con su mirada.

—Váyase —dijo—. No quiero volver a verlo en mi vida.

—Quiero hablar un poco contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. Ha matado usted a tres hombres... dejó que me llevaran de aquel modo, sin mover un dedo para impedirlo... y lo que... lo que hizo con el herido...

Dio un empujón y cerró la puerta.

Encendí un cigarrillo y di un vistazo por la cabaña. Hubiera sido demasiado esperar que tuviera una botella de *whisky*, y Dios sabe que yo necesitaba un trago tanto como el aire que respiraba.

Me hizo caso y oí correr el agua en el baño. Fumé más cigarrillos y estuve pensando en un par de cosas que podían resultar harto interesantes.

Los tres tipos, Mike, Bucky y el sádico Contino habían sido profesionales de la pistola. Pero profesionales de un ramo que no era el nuestro. Gangsters, pistoleros de los que un buen conocedor del ambiente puede alquilar por poco dinero.

Eso se prestaba a algunas consideraciones interesantes, porque demostraba que si quien los había alquilado era El Príncipe, no

debía andar muy boyante de contactos para recurrir a ellos. En otros tiempos, hubiera dispuesto de excelentes fanáticos dispuestos a morir no por un puñado de dólares, sino por sus ideales.

Gale apareció una eternidad más tarde. Se tomó tiempo, mucho tiempo para recomponer los desperfectos físicos y morales de la noche.

Su bellissimo rostro estaba aún desencajado, pero se había peinado y vestido con esmero, después de bañarse y supongo que al sentirse limpia, le dio también nuevo aplomo.

—Le dije que se fuera —me espetó de entrada.

—No hagas una escena ahora. ¿Cómo te sientes?

—¿De veras le importa?

Lo pensé un poco. Me sorprendió descubrir que me importaba más de lo que me cabía esperar.

Sólo que no se lo dije.

—Siéntate —repliqué—. ¿No hay modo de conseguir unos tragos aquí?

—¿A estas horas?

—Ya veo...

—Deme un cigarrillo.

Se lo encendí y ella aspiró el humo, llenándose los pulmones.

Se echó atrás en el diván y cerró los ojos. Vi tensarse sus facciones. Debía estar pensando y eso no era bueno en sus condiciones.

No obstante, la dejé en paz y esperé. Ella dijo al fin, sin abrir los ojos, con voz tensa:

—¿Qué es usted exactamente, MacLean?

—Lo viste esta noche, ¿no?

—¿Un asesino?

—En cierto modo.

—¿Qué querían aquellos hombres?

—Si te lo dijera a las primeras de cambio, no habría tenido objeto pasar por lo que hemos pasado. Olvídalo —añadí—. Ellos hacían su trabajo y yo el mío. Fue malo que te hallaras entre los dos campos en el momento menos oportuno, pero tuviste mucha suerte.

Dio un respingo y esta vez sí me miró, llena de ira.

—¿Suerte? —Casi chilló—. ¿Llama usted suerte a lo que... lo que pasó?

—Podrías estar muerta, es así de sencillo.

—Comprendo... Usted dijo que esa clase de trabajo era el que hacían usted y Olga...

¿No me mintió?

—No.

—¿Olga era... era como usted?

—Muy parecida. Quizá no tan dura, pero resultaba muy buena en su trabajo.

—Creo que comprendo eso. Agentes secretos... espionaje, ¿no es cierto?

—Te costó mucho darte cuenta. ¿Qué pensabas que estaba haciendo tu hermana, en realidad?

—Nunca pude estar segura... Yo... pensé cosas horribles de ella.

—Y probablemente lo que pensaras era cierto. Ahora hablemos en serio, Gale, si te has tranquilizado lo suficiente.

—¿De qué quiere hablar?

—De la última vez que viste a Olga.

—Hace meses... dos o así.

—¿De qué te habló?

Enarcó las cejas y me observó indecisa.

—No sé qué quiere decir. Hablamos de muchas cosas. Era mi hermana. Para ella, eso lo explicaba todo. Lógica femenina, supongo.

—¿No mencionó una caja de seguridad, un testamento, algo que tú debieras recoger si a ella le sucedía algún accidente?

—Por supuesto que no. Yo... quería que cambiara de vida. No me gustaba que hiciera ese trabajo en un *cabaret*, pero ella se enfureció.

—Eso es lo menos que podía hacer —dije con ironía.

—Si hubiera confiado en mí... si me hubiese dicho que trabajaba para el Gobierno, todo habría sido muy distinto.

No le aclaré que últimamente, era casi seguro que Olga trabajara precisamente «contra» el Gobierno. ¿Para qué complicar más las cosas?

—Si hubiera confiado en ti hasta ese extremo —dije a mi vez—, es muy probable que el mal trago de esta noche lo hubieses sufrido mucho antes... y quizá peor. A gentes como nosotros, los vínculos familiares nos estorban, si sabes lo que quiero decir. Son nuestro

talón de Aquiles. La palanca con la cual en un momento determinado, pueden ejercer presión y... ¡Condenación! —exclamé, al caer en la cuenta.

Ella dio un respingo.

—¿Qué sucede? —balbució.

Me levanté. Di unos pasos por la cabaña, seguro de haber dado en el clavo de un misterio que me preocupaba.

—Voy a utilizar tu teléfono. ¿Es directo, o pasa por una centralita?

—Directo.

—Bien.

Llamé al hotel y me identifiqué.

—¿Hay algún recado para mí, llamadas telefónicas, cartas?

—Le han llamado desde Washington, señor —dijo el empleado—. Pero no han dejado ningún recado.

—Gracias.

Colgué y marqué el condenado número del gran jefe. Dije lo convenido y colgué, esperando.

Gale susurró:

—Nunca he comprendido muy bien estas cosas de la CIA, o el FBI... ¿Cómo iba a imaginar que mi hermana...?

Sacudí la cabeza.

—Estás equivocada.

—¿Cómo?

—Ni Olga ni yo, hemos pertenecido nunca a esas agencias.

—¿Entonces...?

—Olvidalo. Como el noventa por ciento de americanos, te avergonzarías si supieras que tu país utiliza a unos tipos especiales como nosotros, aquí o en cualquier parte del mundo. Ya te dije que no era una lucha limpia, romántica ni patriótica.

Volví a discar el número, y el condenado tipo estaba allí, a pesar de la hora.

—¿Dónde estuvo usted? —Gruñó por todo saludo—. Intenté comunicarme en su hotel. Dos veces.

—Están sucediendo cosas muy aprisa.

—¿Sí?

—Para empezar, Olga tenía una hermana. Se llama Gale. Incluso a través de la distancia, oí su largo suspiro.

—Lo sabía —dijo—. Siempre lo supe.

—Claro... pero jamás lo mencionó.

—¿Debiera haberlo hecho, MacLean?

—Supongo que no. Pero la cosa está así. ¿Fue esa palanca que emplearon con ella?

—Podemos presumir que sí. Ya sabe cómo son estas cosas. Si el adversario descubrió que Olga tenía ese punto flaco por donde atacarla, no es descabellado suponer que lo utilizó.

—Ya veo... Sólo que usted pudo haberme advertido «a mí» a su debido tiempo.

—Supuse que le gustaría descubrirlo por su cuenta. ¿Qué ha pasado con ella?

Miré a Gale por el rabillo del ojo.

—Pasó un mal trago. Hubo tres muertos, señor.

—¿Alguno de nuestro bando, MacLean? Me refiero a esos muchachos que usted dejó atados y abollados y que están armando la del infierno...

—No, señor. Todos del campo adversario. Pero es sorprendente... Eran gangsters, pistoleros de alquiler. Quizá usted saque sus conclusiones.

—Seguro que lo haré. Otra cosa... Lo que los federales están haciendo, parece condenadamente grave. Todas las altas esferas de Washington acusan un nerviosismo inusitado.

—¿Sabe usted de qué se trata?

—Aún no, pero lo sabré. De eso, yo estaba seguro.

—Quisiera que me pusiera usted al corriente de ello, señor.

—Lo haré... Espere un minuto, acaban de pasarme comunicación urgente.

Aguardé encendiendo un cigarrillo. Gale estaba mirándome y me hubiera gustado que en sus ojos hubiera un poco más de calor. No sé por qué, pero me habría gustado mucho.

—¿Sigue usted ahí? —Ladró la voz por el teléfono.

Me pareció que esa voz se había alterado súbitamente.

—Claro, señor.

—Está bien, le veré dentro de unas horas. Voy a tomar el primer avión que salga para El Paso.

Casi di un salto.

—¿Tan grave es el asunto, señor?

—No tiene usted ni idea de cuán malo pueda ser... Colgó sin más explicaciones.

Gale dijo:

—¿Va a marcharse usted?

—A escape. Pero antes, me gustaría ver esa fotografía de que hablaste... Esa foto mía, quiero decir.

Se levantó y revolvió en una pequeña maleta. Me sorprendió que llevara la fotografía incluso en un viaje, pero la tomé sin hacer comentarios y le di un vistazo.

Había sido tomada en la terraza de un hotel, en Niza, años y años atrás. Recordé confusamente y no pude captar ninguna imagen de Olga tomando aquella foto.

De cualquier modo, saqué el mechero y le prendí fuego. Gale lanzó un grito.

—¿Qué hace? —exclamó.

—Pequeña, en nuestro oficio, las fotografías pueden convertirse en clavos de un ataúd.

—¡Pero era mía! —estalló.

—¿Tuya? Dijiste que era de Olga.

—Bueno, sí, ella la dejó en casa... hace años...

Su voz se ahogó. Estuve observando cómo la fotografía se convertía en cenizas y luego desmenucé éstas con esmero dentro del cenicero.

—Así es mejor, créeme —dije—. Ahora me largo y tú harás lo mismo. Regresarás a tu casa, donde sea que la tengas.

—¡No tiene ningún derecho a decirme qué he de hacer!

—Seguro que no. Pero si te quedas por estos alrededores, es posible que te suceda algo malo. Éste es un juego sucio y vil, pequeña... has visto un par de muestras. La rubia Nelia fue una. La otra, lo que pasó esta noche. Pero puede ser aún peor si las cosas se ponen feas y tú no estás preparada para soportarlo.

Sostuvo mi mirada largo tiempo. Viéndola, era Olga diez años atrás, aunque más niña, más limpia tal vez.

De pronto me espetó:

—Usted no sonríe nunca, ¿verdad?

—Ésta es buena.

Giré sobre los talones y me encaminé a la puerta.

Ella me siguió y sujetándome el brazo, me obligó a mirarla otra

vez.

—Nunca sonrío —repitió—. No experimenta ningún sentimiento, como los demás mortales, MacLean. ¿Por qué, tanto se ha endurecido?

—Eso son idioteces. Recuerda lo que te dije. Vuélvete a casa.

—No.

Me encogí de hombros.

—Es asunto tuyo.

Traté de librarme de su mano, pero ella persistió.

—Espere —murmuró.

—Gale, estás perdiendo el tiempo y haciendo que lo pierda yo también.

—Quiero decirle algo...

—Apúrate, entonces.

—Deme otro cigarrillo y venga a sentarse.

Solté un bufido, pero la seguí. Encendimos los cigarrillos y ella dijo:

—¿Sabe cuántos años tenía yo cuando Olga me habló de usted por primera vez?

—Maldito si me importa.

—Dieciséis, MacLean. Era una niña, ¿sabe? Los chicos me galanteaban... muchachos de mi edad, inexpertos, aburridos... y Olga abrió ante mí una extraña ventana a través de la cual, se vislumbraba un mundo distinto, con otras escalas de valores, con otras pasiones... Con hombres diferentes, hombres como usted.

—¿Puedes decirme adónde quieres ir a parar? Se echó atrás, expelió el humo y susurró:

—Aún no había cumplido diecisiete años, cuando me enamoré de usted. No me caí de espaldas de milagro.

—Estás loca, Gale... condenadamente loca.

—No. No estoy loca. Pasaron años y Olga cambió... un cambio profundo y terrible. Pero cuando venía a verme, me hablaba de usted... y yo iba conociéndole más y más, poco a poco. Luego trajo la fotografía. Recuerdo que se echó a reír y dijo que usted se pondría furioso si supiera que existía semejante recuerdo...

—En eso tenía razón.

—La odié.

—¿Qué?

—Ella le amaba... eran amantes. Pensé que la odiaba sólo por eso, porque yo le quería. ¿No se ríe usted, MacLean? Ojalá hubiera sabido reírme.

—No, claro que no se ríe. ¿Cómo podría reírse, si acaba de matar a tres hombres esta noche, y ha visto lo que hacían conmigo? Nadie podría reír en estas condiciones.

—Gale, el hecho de que hayan muerto esos hombres es sólo un episodio tras el cual yo hubiera podido reírme a carcajadas si hubiese tenido un buen motivo para hacerlo.

¿Has terminado ya?

Noté que sus ojos chispeaban.

—Aún no... ¿Es que no le satisface saber que una muchacha ha Suspirado por su recuerdo durante tantos años?

—En absoluto.

—Pues es cierto. Luego, cuando por Olga supe que le había perdido... que algo había sucedido que ya no le vería a usted más; creí que toda mi vida iba a cambiar. Traté de localizarle, ¿sabe?

—Un momento... ¿Qué fue lo que Olga te dijo al respecto?

—Dijo que todo había terminado... que usted ya no entraba en su vida o algo así.

—¿No te dijo por qué razón?

—No, pero se portó como si yo tuviera la culpa de la separación de ustedes dos.

—Y probablemente así fuera.

—¿Qué quiere decir?

Alargué las manos y la atrapé por los brazos, sujetándola casi con violencia.

—Descubrieron que tenía una hermana, que te tenía a ti. Debieron amenazarla... es un viejo resorte que casi siempre da resultado. O colaboraba con ellos, o con él en este caso, o su hermana pagaría las consecuencias. Ella conocía perfectamente los riesgos, sabía lo que pueden hacerle a una muchacha y cedió... No podía seguir conmigo en estas condiciones, porque yo lo habría descubierto y... Bien, todo terminó y desde entonces, ella vivió un infierno.

Con voz ahogada, murmuró:

—¡Por favor, váyase ahora! La solté y abandoné el diván.

Llegaba a la puerta, cuando ella corrió y me atrapó, y se colgó

de mi cuello y su boca estalló como una llama contra la mía y no supe si reírme, o mandarla al infierno, o aprovecharme de la situación y seguir hasta el final, porque ella era lo más maravilloso que había acariciado entre mis manos desde los primeros años con Olga.

La aparté con brusquedad.

—Espero que ahora te sientas mejor —dije con voz ronca.

—Quería hacerlo... siempre quise hacerlo.

—Muy bien, ya lo hiciste. Ahora me largo de aquí y cuando me haya ido, piensa en tus veinticinco años, en la vida que tienes por delante, y luego métete en la cabeza que yo tengo doce más que tú y después de eso puedes irte al infierno por el camino más corto.

Abrí la puerta, salí y cerré de golpe.

Supongo que el portazo despertaría a los ocupantes de las cabañas vecinas.

Conduje el coche de vuelta a la ciudad. El sedán tal vez fuera robado con el exclusivo propósito de servir para llevarme a la casa de campo, y si era así, podría complicarme la vida con los policías.

De modo que estacioné en una calle en la que transitaban ya numerosos peatones apresurados. Antes de abandonar el auto, di un vistazo en él, leí la patente, abrí el portaequipajes, que estaba vacío, y luego me escabullí en busca de mi propio coche, para que no fuera encontrado en las proximidades de donde la rubia Nelia había hallado la muerte...

Entre unas cosas y otras, cuando llegué al hotel, estaba cayéndome materialmente de sueño.

Decididamente, estaba haciéndome viejo para estos trotes.

CAPÍTULO IX

A última hora de la mañana entré en el Banco en que había alquilado una caja y mostré la llavecita de Olga al encargado del departamento.

—¿Cree que puede pertenecer a una caja de alquiler de otro Banco? —pregunté. La miró, sacudiendo la cabeza.

—No, señor —dijo al fin—. La mayoría de los Bancos, por no decir todos, tenemos cerraduras Yale o CBS. Esta llave es de un sistema distinto.

—Quisiera saber...

—Yo diría que es una caja postal o algo así.

—Creo que me ha dado una buena idea. Lo probaré, gracias. Salí de estampida hacia Correos.

El panal de cajas de alquiler automáticas ocupaba dos enormes lienzos de pared. Consulté su numeración y no coincidía en absoluto con el número grabado en la llavecita.

No obstante, me planté ante el empleado y se la mostré. Sacudió la cabeza ante la pregunta.

—No es nuestra —dijo—. Quizá en algún Banco...

—No pertenece a ningún Banco, estoy seguro.

—En este caso, no puedo ayudarle, amigo.

Salí y me detuve en la acera. Un vendedor de periódicos voceaba algo que calificaba de sensacional, plantado en la esquina. Compré el diario seguro que lo sensacional era el hallazgo de tres pistoleros despanzurrados en una casa de campo.

Me equivoqué. Era una pelea entre mexicanos. Debía haber sido toda una batalla campal, por cuanto había seis muertos y numerosos heridos de menor consideración. Los muertos serían trasladados a su país y las autoridades realizaban los trámites para

el traslado, así como para esclarecer los motivos de la sangrienta reyerta.

Que los mexicanos se mataran entre ellos, no me pareció sensacional en absoluto, más bien lamentable y trágico. Ya tenían bastantes dificultades para trabajar dignamente en este país, para que encima se complicaran la vida hasta el extremo de liquidarse unos a otros.

Arrojé el periódico a una papelería y caminé preocupado acera adelante. La llavecita me intrigaba porque no había duda de que era importante, de lo contrario, Olga no la hubiera ocultado con tanto esmero.

Y si no correspondía a una caja de alquiler... Ni a un Banco o a una Caja Postal...

No llevaba un rumbo determinado en mi paseo. Estaba demasiado preocupado para elegir lugares determinados donde caminar.

En una esquina, hube de detenerme. Una manifestación de chicanos discurría, ruidosa y alborotada, ocupando todo el ancho de la calle. Llevaban pancartas escritas en castellano y en inglés protestando de sus condiciones de trabajo, que habían llevado a varios grupos a la desesperación, a la lucha y a la muerte. Los mexicanos gritaban a todo pulmón y los policías se limitaban a vigilarlos, por el momento.

Torcí el rumbo, alejándome del alboroto. Un tren silbó en alguna parte y cuando levanté la cabeza, vi que me encontraba frente a la estación central de El Paso.

Fue como un chispazo.

¡La estación!

Crucé la puerta entre el gentío y miré en torno al inmenso vestíbulo. Había colas ante las taquillas; puestos de tabaco y periódicos, un letrero señalando el bar, y toda una pared ocupada por grises compartimientos de alquiler.

Eran semejantes a los de Correos, aunque un poco más grandes. Me aproximé a ellos y miré sus numeraciones.

Correspondían a la serie de número de la llave.

Las gentes iban y venían a mí alrededor, pero yo no los veía. El presentimiento de que tenía al alcance de la mano quizá la resolución del problema que me endosara el viejo, era todo lo que

me absorbía.

Localicé el número que buscaba e inserté la llave.

La puerta de acero, giró. El interior era espacioso, capaz de contener una maleta de tamaño medio.

No había ninguna maleta, sólo un sobre de papel manila.

Lo saqué, y estaba introduciéndolo en el bolsillo interior de mi chaqueta, cuando algo duro se apretó en mi costado y una vez gruñó:

—Muy bien, consérvelo hasta que hayamos salido de aquí. Me quedé rígido y miré por encima del hombro.

El tipo era grandote, casi tanto como yo; duro, también casi tanto como yo, y estaba muy seguro de sí mismo. No tanto como yo.

—Muy bien —dije.

Acabé de hundir el sobre en el bolsillo. Deslicé la mano hacia abajo y la cerré en torno a la «Luger». No la saqué. No quería suicidarme.

Sólo basculé la culata, haciendo que el cañón se elevara hacia atrás y apreté el gatillo.

Sonó la explosión y yo salté de costado.

El no disparó. No pudo hacerlo con un plomo enorme en el cuerpo. Sólo salió a trompicones hacia atrás, manoteando sin soltar su corto revólver.

La gente comenzó a chillar y yo me aparté de allí velozmente.

Dos tipos semejantes al que se desplomaba entonces, corrieron tras de mí, y dos policías de uniforme aparecieron procedentes de las taquillas, azorados porque no sabían qué clase de partida era la que estaba ventilándose allí.

No me vieron porque para entonces el gentío se movía como una marea enfurecida en todas direcciones, apartándose del lugar donde el pistolero desparramaba su sangre en el suelo.

Llegué a la salida y los grandotes casi me alcanzaron allí. Ya llevaban las armas en la mano descaradamente, y tan pronto pisé la acera, hicieron el primer disparo.

Se armó un buen revuelo en la calle y eso me favoreció.

Corrí como un gamo hacia la esquina. Estallaron los disparos allá atrás y un plomo zumbó casi alborotándome los cabellos.

Justo cuando doblaba la esquina, surgió un guardia con el

revólver en la mano.

Tropecé con él y los dos rodamos, dando tumbos.

Chilló, enfurecido, tratando de sujetarme.

Los dos pistoleros aparecieron en la esquina. Rodé a un lado y el guardia me gritó algo.

Ya no pudo volver a gritar, porque los dos tipos le clavaron contra la acera a balazos y eso fue un error por su parte. Pude meterles tanto plomo, que hubieran necesitado una grúa para levantarles, pero tenía prisa y se quedaron con una bala cada uno, lo suficiente para que quedaran haciendo compañía al pobre guardia asesinado.

Me alejé trotando. Nadie intentó cerrarme el paso y poco después, pude reducir la marcha y caminar casi normalmente, cada vez más lejos del lugar del tiroteo.

Respiré aliviado. Comprendí que ellos sabían que Oiga había alquilado una caja en la estación mediante el sistema automático, por el que no hay que dejar nombres ni rastros. Sólo introducir unas monedas en una ranura, tomar la llave que suelta la máquina y cerrar con ella la caja indicada en el número. De modo que se habían conformado con vigilar, esperando que quien fuera que acudiera a buscar el sobre, resultara conocido y...

Pero ¿cómo podían conocerme ellos, simples pistoleros a sueldo con los que jamás me había cruzado?

Ahí estaba la cosa.

¿O me habían seguido? Si era así, yo había perdido muchas más facultades de las que imaginaba, porque no me di cuenta en absoluto.

Llegué al hotel sudando bajo un sol de infierno y subí a mi habitación, impaciente por ver el contenido del sobre.

Abrí la puerta, la cerré de golpe y el viejo se volvió en la butaca donde había estado esperándome.

—Es usted difícil de localizar, MacLean —gruñó.

—No pensaba que llegase usted tan pronto.

—Utilicé un avión del Ejército. Eso le dará idea de cuán importante es todo este asunto.

—Debe serlo, señor. Acaban de morir tres hombres más y un policía a causa de él...

—¿Qué, un policía dice usted?

—No lo liquidé yo, si es eso lo que le pone nervioso...

—Y los hombres, ¿sabe quiénes eran?

—Pistoleros. Del hampa sin duda. No pertenecían a nuestra... ¿esfera, señor?

—Olvide los sarcasmos conmigo, MacLean, no tiene gracia. Y siéntese, me molesta tener que torcer el cuello para hablar con usted.

—Deje que pida algo de beber antes, señor. Lo necesito.

Gruñó, pero no pudo oponerse, a pesar de que yo sabía que odiaba cordialmente la bebida.

De modo que descolgué el teléfono y pedí una botella, hielo y vasos y luego colgué. Cuando me hube sentado ante él, dije:

—Ahora, hábleme de eso tan importante. ¿De qué se trata? Carraspeó. Encendí un cigarrillo sin dejar de observarle.

Y de pronto soltó:

—Si le dijera que es un artefacto del tamaño de una máquina de fotografiar corriente, capaz de dar a su poseedor la supremacía mundial en armamentos, usted no me creería.

—Bueno, por lo menos lo pondría en cuarentena, señor.

—Y sin embargo, es cierto.

—Me permito recordarle que me mandó cazar a El Príncipe, no hacerles el trabajo a los del contraespionaje.

—En alguna parte, El Príncipe se interfiere en este otro asunto, ya que Olga Costain trabajaba para él, y esa mujer sí estaba mezclada con la desaparición de ese artefacto.

—¿Y...?

—Sacaron una película de los planos y diseños, de todo el *dossier* completo y luego le pegaron fuego a los papeles. Asesinaron al hombre que lo había creado y se llevaron el prototipo. Dejaron atrás seis cadáveres para conseguir todo esto, y en alguna parte estaba El Príncipe coordinando la operación. En cierto modo, eso me tranquiliza, porque al menos sabemos que no hay ningún gobierno extranjero detrás de esta masacre...

—Comprendo. El Príncipe se propone vender la máquina, o lo que sea, al mejor postor, sea éste quien sea.

—La máquina, como usted la llama... o el microfilm que tomaron antes de destruir toda la documentación del proyecto.

—Sí, claro...

Estuve tentado de hablarle del microfilm guardado en un estuche de *rouge*, y que descansaba seguro en una caja de alquiler de cierto Banco.

Por alguna razón no lo hice.

—Hábleme de ese chisme... ¿En qué consiste?

—Desconozco los detalles completos, pero en esencia es una suerte de onda inspirada en el láser. Es de tal naturaleza que en fracciones de segundo, hace estallar todos los explosivos y municiones de cualquier tipo que se hallen dentro de su radio de acción. Y ese prototipo del tamaño de una cámara fotográfica, tiene un radio de alcance de cien millas alrededor.

—¿Quiere decir que disparando ese rayo, o como lo llamen, todas las bombas, todos los cohetes balísticos, todas las municiones que haya en cien millas a la redonda, estallan sin más?

—Exacto. Incluso los cartuchos que lleve usted en su pistola. Todo lo que sea materia explosiva, no importa de qué tipo.

Sentí un escalofrío.

—¿Incluida la materia nuclear? —dije, y mi voz me parece que no fue muy segura.

—Incluida, MacLean.

Me quedé mudo. Pensando la cosa con detalle, era como para llevarse las manos a la cabeza y empezar a temblar.

Llamaron a la puerta en aquel instante. Había olvidado incluso el *whisky* pedido. Abrí, y el camarero entró zumbando, como si lo hubiera disparado una catapulta.

Con él, entró volando una bandeja, la botella, el hielo y los vasos.

El tipo que lo había empujado no entró con tantas prisas. Lo hizo despacio, enarbolando una enorme pistola automática. Cerró la puerta con el pie mientras sonaba el estrepito de cristales rotos y el batacazo del camarero al aterrizar contra la pared.

—No se muevan —dijo con calma—. Le vi liquidar a los demás y no me pillaré desprevenido, compañero, así que vuélvase de espaldas, saque la pistola con la mano izquierda y déjela caer al suelo.

—Usted sí es un auténtico profesional, ¿eh? —dije, haciendo lo que me ordenaba.

—Muy bien, ahora, sin volverse, empuje la pistola con el pie

hacia atrás... así, perfecto. Vaya a sentarse junto al viejo.

El camarero permanecía acurrucado en el suelo, mirándonos con ojos desorbitados. Me senté al lado del jefe y miré al gigantón.

Era un tipo sin nervios, un buen elemento. Lo malo del asunto era que militaba en el campo adversario.

—Usted es MacLean, ¿eh? —comentó.

—Estoy haciéndome muy popular últimamente.

—No lo sabe usted bien.

Se permitió el lujo de sonreír. Hundió la mano en el bolsillo y sacó algo de él, algo como una tarjeta de visita que examinó atentamente, mirándome de vez en cuando.

—Ajá, es usted sin duda —comentó—. No ha cambiado mucho, a pesar de que me dijeron que la fotografía era vieja.

Casi salté en pie.

—¿Quiere decir que tiene una fotografía «mía»? —Ladré.

—¿Quiere verla?

Me la arrojó. La tomé y allí estaba. Ya lo creo que era yo.

La copia no me favorecía mucho, pero era una réplica exacta de la fotografía que yo había quemado en la cabaña de Gale.

El jefe gruñó:

—Nunca pensé que poseyeran una fotografía suya, MacLean.

—Yo supe que había una esta madrugada. La quemé, pero por lo visto, habían sacado copias hace mucho tiempo...

—Bueno, usted dijo antes que yo era un profesional —intervino el hombre de la pistola—. Es cierto, y sé que usted también lo es, así que no nos andemos por las ramas. Ambos sabemos a qué atenernos. ¿Quiere entregarme el sobre y el microfilm sin perder tiempo, sin rodeos, sin obligarme a enumerar todas las cosas sucias que puedo hacerles?

—Imagino que son las mismas que yo le haría a usted si la situación fuera al revés.

Conozco el repertorio de memoria.

—Eso facilita las cosas.

—Sólo que hay un error. Tengo un sobre, pero no sé una maldita cosa del microfilm. Hizo chascar la lengua contra el paladar.

—No está mostrándose digno de su reputación —se lamentó, como si lo sintiera profundamente—. Sé que lo tiene.

El jefe me miró con las cejas enarcadas, pero no dijo nada.

—¿Significa algo para usted ese viejo? —preguntó, señalándolo con el cañón de la pistola.

—Ni lo más mínimo. El jefe bufó.

—Voy a pegarle un tiro en la barriga —dijo el grandote, balanceando el pistolón—. Mientras se retuerce, tendrá usted tiempo de reflexionar.

—Y alarmará a todo el hotel con el cañonazo.

—Lo dudo. Estos edificios son a prueba de ruidos.

—Hablemos del sobre, que es lo que realmente poseo.

—Mire, no trate de embrollarme. Ahora que le he cazado, el sobre ya no tiene la menor importancia. Lo quemaré cuando salga de aquí. Lo que sí importa es el microfilm y usted lo sabe.

La pistola quedó fija en su mano, apuntando a mi jefe como el maligno ojo de una gran serpiente.

He de decir en honor a él, que ni siquiera se inmutó. Había mandado hombres y mujeres a misiones de pesadilla que les costaron la vida, en las que fueron torturados hasta la demencia, y tampoco se había inmutado, por lo menos en apariencia.

Ahora le vi afrontar la muerte con absoluta serenidad. Y sólo dijo:

—Sí lo tiene usted, MacLean, no se lo entregue por nada de este mundo... Por nada ni por nadie.

Le miré por el rabillo del ojo. Había que quitarse el sombrero ante él. Sonrió y miró serenamente a su verdugo.

Vi tensarse el dedo sobre el gatillo. Apreté los dientes hasta que me chirriaron, pero no hablé.

Entonces, algo brillante cruzó el espacio por encima de nosotros. Instintivamente, el pistolero se ladeó para esquivar aquello y yo salté hacia él, aullando como un animal salvaje.

Le golpeé en el estómago con la cabeza cuando él apretaba el gatillo. Caímos los dos y el tipo era tan pesado como yo, y estaba mejor entrenado. Me sacudió con la izquierda y el mundo giró como una peonza a mí alrededor.

Sólo me preocupé de aferrarme a su mano armada.

El viejo estaba moviéndose ya y era sólo cuestión de segundos...

Una maza me golpeó en el cuello y comencé a ahogarme. Retorcí la mano armada, jadeando, sintiendo dolores de agonía en el cuello, con los pulmones secos, sin una pizca de aire...

El viejo llegó y atrapó la cabeza del pistolero, retorciéndola de modo increíble. Su voz de trueno, rugió:

—¡Ahora, MacLean, ahora!

Me aplasté contra el corpachón, apretándole, presionando la pistola, rugiendo, ahogándome y viéndolo todo a través de una bruma roja como la sangre.

La pistola estalló y el calor del fogonazo chamuscó mis propios dedos. Todo el cuerpo del asesino se envaró y luego se quedó quieto y dejó de luchar.

El viejo le soltó la cabeza, que sonó con un golpe sordo contra el suelo.

Estaba muerto.

Me levanté, ahogándome aún, jadeando, y a trompicones, llegué hasta el sofá y me dejé caer en él.

Lo había hecho otra vez... había matado otra vez bajo el influjo maldito de la voz de aquel hombre. Me sentí un poco más sucio que la peor basura del mundo.

El camarero hipó, levantándose. Él había arrojado el brillante cubo de hielo y había desencadenado el final.

Avanzó tambaleándose, la mirada de enajenado fija en el boquete que el pistolero tenía en el pecho. Soltó un quejido y apoyándose en la pared, vomitó.

—Bueno, MacLean, tómelo con calma... respire... no creo que tenga nada roto en la garganta...

Su voz. Su maldita voz. Me levanté, volteé el puño y le sacudí en plena cara con un huracán de ira volviéndome loco.

Voló por los aires, dando tumbos y cayó muy cerca de donde el camarero aún daba arcadas. Se quedó despatarrado en el suelo y no pudo moverse en un buen rato.

Entré en el baño y metí la cabeza bajo el grifo de agua fría. Estuve un buen rato y luego me sequé con una toalla.

Cuando volví a la habitación, el jefe estaba sentado en el diván, secándose la sangre que brotaba de su boca con un nítido pañuelo.

El camarero aún parecía flotar. El viejo sonrió.

Ni más ni menos; sonrió y dijo:

—Ojalá ahora se sienta usted mejor, muchacho...

CAPÍTULO X

Nos miramos después de examinar el contenido del sobre. Nos miramos estupefactos, desde luego.

El camarero carraspeó y dijo:

—¿Puedo... puedoirme ya? El viejo se volvió hacia él.

—Salga y traiga otra botella, vasos y hielo. Y ni una palabra de esto a nadie, hasta que yo avise a la policía. Se trata de un asunto de Estado. ¿Entiende?

Asintió. Todo lo que él quería era largarse. Dudé que regresara trayendo el pedido. Cuando hubo cerrado la puerta, el viejo me miró a la cara.

—Ya lo tenemos, MacLean... Esta vez lo tenemos.

—Seguro.

—Ahora dígame qué hay de ese microfilm. Quedé mirando la fotografía de El Príncipe y dije:

—No hay nada de eso, señor. Tal vez ellos piensan que yo lo tengo... que lo conseguí junto con el sobre, pero no es así.

—Supongo que no pretenderá jugar por su cuenta...

—Usted sabe que no, señor.

—Lástima. Con la muerte de Olga, quizá se haya perdido definitivamente, pero queda el prototipo y ése sí debe estar en poder de ese demonio, de modo que habrá que darse mucha prisa.

—¿Qué pasará con ese cadáver?

—Llamaré a la policía después de pulsar un par de teclas, sólo para que sean discretos.

Sonaron unos golpes tímidos en la puerta. Recordando la anterior entrada del camarero, amartillé la «Luger» y abrí la puerta.

El pobre hombre se quedó mirando la pistola apuntada a su barriga y por poco no soltó otra vez la bandeja con todo el

cargamento.

—Lo siento —dije—. Entre y tómese un trago conmigo. Lo necesita tanto como yo.

—No... este... no está permitido, señor.

Evitaba mirar al muerto. Debía revolverle el estómago. Llené uno de los vasos con *whisky* y hielo y se lo tendí.

—Beba —ordené.

Me preparé otro para mí y lo vacié a grandes sorbos.

El viejo se pasó la lengua por sus labios rotos, que estaban hinchándose y oscureciéndose.

—Éste... ¿Quiere prepararme uno, MacLean? Creo que por una vez, lo beberé. Bebió con tanta prisa como si se tomara una medicina.

El camarero se fue, tras escuchar de nuevo las recomendaciones de discreción.

—Tómese una ducha, vístase y acabe con esto de una vez, muchacho —dijo mi jefe, retrepándose en el diván, con la fotografía de El Príncipe entre las manos—. Es sorprendente lo poco que uno llega a conocer a las mujeres... Olga le fotografió a usted por amor, porque entonces le quería y deseaba guardar su imagen para los años futuros... y le sacó una instantánea a El Príncipe porque le odiaba a muerte y quería prepararse un seguro de vida... ¿Se da cuenta? Dos hechos idénticos provocados por motivaciones tan opuestas como el amor y el odio...

Aún estaba hablando cuando me metí bajo la ducha. Luego me vestí, introduje un cargador completo a la «Luger» y me encaré con el condenado tipo.

—Es la última vez —le espeté rechinando los dientes—. ¿Lo comprende? Nunca más volveré a hacer nada por usted... Ni por usted ni por nadie.

—Bien, no puedo reprochárselo.

—Sólo con que vuelva a llamarme, sólo que trate de decirme buenos días y le mataré. Y hablo en serio.

—Sé que habla en serio. Pero usted era el último que quedaba del antiguo grupo. Los nuevos son de otra escuela. Buena suerte.

Me detuve junto a la puerta.

—¿Dónde estará usted cuando yo regrese?

—Aquí... si es que regresa.

—Claro.

Salí y cerré la puerta y me alejé y hubiera deseado pegarle fuego al hotel con el viejo dentro.

* * *

Había una gran piscina en forma de riñón, llena de agua cristalina, en la que chapuceaban unas hermosas mujeres. Había una ristra de minúsculos apartamentos formando media luna en torno a la piscina, por el lado que no obstaculizaban el sol.

Había más mujeres despampanantes tostándose aquí y allá, sus cuerpos brillando con las cremas bronceadoras. Y había también unos cuantos tipos preocupados y hechos un lío, porque no sabían con certeza a cuál de todas mirar primero sin que sus mujeres ante la ley armaran un alboroto.

Sus mujeres también estaban preocupadas, naturalmente, aunque no por mirar a los ejemplares masculinos que pasaban sus vacaciones en ese hotel del desierto, próximo a la frontera.

En el extremo más alejado del bloque de apartamentos de alquiler se alzaba el edificio hotelero, y a la derecha de éste un aplanado pabellón donde un tipo vestido de vaquero de opereta guardaba la puerta, aunque ponía más interés en atisbar hacia la piscina que hacia las oficinas de recepción.

Llegué junto a él y me miró distraídamente. Lucía enormes espuelas mexicanas y un brillante revólver del «45» colgando de su cadera.

Todo un tipo.

Pero el revólver quizá no fuera de opereta.

Se lo arranqué de la funda y cuando quiso reaccionar se quedó muy quieto porque, con toda seguridad, la «Luger» que yo tenía en la otra mano no era precisamente de juguete.

Hice bascular el cilindro del revólver y seis brillantes proyectiles saltaron desparramándose por el suelo. Eran seis hermosos cartuchos auténticos, con balas de plomo sin blindar capaces de abrirle a uno un boquete por el que pasaría un camión.

Al fin encontró voz y gruñó:

—¿Qué demonios...?

—No lo digas. Sólo echa a andar hacia adentro y recuerda que

sólo tengo que darle al dedo para que dejes de respirar.

Devolví el «45» a su funda y entramos.

El recepcionista llevaba un impoluto uniforme azul. Por lo menos a él no le obligaban a disfrazarse para ganarse el sueldo.

—El señor Gary Himes —dije—. Está esperándome. Asintió gravemente.

—Acompaña al caballero al despacho del señor Himes, Leslie.

Tenía una voz tan suave, tan modulada, que estuve seguro que él no perdía el tiempo devorando con la mirada a las chicas de la piscina.

Leslie, el vaquero de opereta, abrió la boca, pero pensándolo mejor echó a andar conmigo a su lado y entramos en un lujoso pasillo.

Se detuvo frente a una puerta de roble y me miró de soslayo.

—¿Es aquí? —indagué, hurgándole la espalda con el cañón de la pistola.

—Sí...

—Muy bien, abre la puerta sin llamar y entremos. Y recuerda que una bala en el espinazo es muy desagradable.

Tragó saliva, abrió la puerta y tal como le había dicho, entramos.

El hombre que estaba junto a una caja fuerte, abierta, sacando documentos y metiéndolos en una cartera, se volvió en redondo y por primera vez en mi vida me sentí absolutamente feliz.

—Hola, señor Gary Himes —dije—. ¿O puedo llamarle familiarmente, Príncipe?

Tenía una nariz como el pico de un águila. Había cambiado mucho, desde luego, desde la primera y única vez que le viera fugazmente. Pero su nariz seguía siendo la misma.

Adoptó un aire de dignidad ofendida. Bueno, estaba obligado a mantener el tipo mientras pudiera.

—¿Quién es ese individuo, Leslie? —Gruñó, irguiéndose en toda su estatura—. Voy a llamar a la policía.

Apoyó la mano sobre el teléfono. Me eché a reír.

—Sería sensacional que la policía americana acudiera en tu ayuda —comenté—. Pero si llamas por teléfono estoy seguro que no será a la policía, sino pidiendo ayuda, de modo que aparta la mano de ahí o te quedarás sin dedos.

—Pero, hombre, ¿está usted loco o qué?

—Bien pudiera ser. Y un loco con una pistola como ésta en la mano es como para preocuparse.

Él estaba preocupado. ¡Ya lo creo que lo estaba! Y no porque me creyera loco.

Levanté la pistola y le sacudí al vaquero en la nuca. Ni se quejó. Quedó hecho un ovillo sobre el brillante suelo de madera.

—Está bien, Príncipe. Ya puedes quitarte la careta. Estamos solos y nos conocemos perfectamente. Tú repartiste una fotografía mía entre los encargados de darme caza.

Yo contemplé otra tuya hace poco, así que estamos más o menos a la par. ¿Te parece que hablemos de negocios?

Cabeceó, seguro de que ya no tenía objeto seguir representando su papel de honesto hotelero.

—MacLean, siento que no trabajemos juntos. Tú y yo —dijo, tranquilo— pondríamos el mundo al revés.

—Formaríamos un buen equipo, desde luego. ¿Te preparabas para un largo viaje? —añadí señalando la cartera de mano a medio llenar.

Se apartó de ella encogiéndose de hombros.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Claro, pero no detrás de la mesa, hermano. Siéntate ahí, en esa butaca, donde pueda verte por entero. Imagino que llevarás un arma encima...

Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No la llevo. ¿Cómo iba a suponer que aparecerías aquí?

—De cualquier modo, ponte de espaldas a mí y quítate la chaqueta.

Esbozó una sonrisa al girar sobre los pies. Se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo.

—Ahora la camisa, Príncipe.

—¿Crees que llevo la pistola cosida a la piel?

—He visto chismes muy ingeniosos que pueden ocultarse casi en una arruga de la piel, así que quítate la camisa.

Lo hizo. Era un tipo delgado y huesudo, pero fuerte, todo nervio. Debía haber tomado mucho el sol acompañando a las damas de la piscina porque estaba muy moreno.

—¿Quieres que me desnude del todo? —rezongó, empezando a perder la calma.

—Naturalmente.

Hizo ademán de volverse furiosamente, pero se detuvo a mitad del movimiento y acabó desnudándose por completo.

Si escondía algo en su delgado cuerpo sin duda debía tratarse de algo realmente ingenioso.

—Ahora —dije—, puedes sentarte.

Lo hizo en la butaca. No sólo le había obligado a desnudarse para estar seguro de que no llevaba ningún arma encima, sino porque un individuo siempre se desmoraliza un tanto al verse desnudo delante de otro que le está apuntando con una pistola.

El vaquero gimió y empezó a rebullir. Le golpeé de nuevo y volvió a dormir.

—Mira, Príncipe —dije—. Ambos nos conocemos, así que ahorremos tiempo. Sabes lo que he venido a buscar. ¿No es así?

Achicó los ojos.

—Nunca lo conseguirás, MacLean. Ya no está en mi poder.

—Eso va a ser muy malo para ti. Ese artefacto, o como sea que se llame, tiene que ser destruido.

Casi brincó en la butaca.

—¿Destruído? —bufó—. ¿Sabes cuánto se puede obtener por él?

—Dímelo.

—¡Todo lo que quieras pedir! Centenares de millones... Miles de millones. O convertirte en el amo del mundo...

—Demasiado para mí. Estoy retirado y disfruto de una soberbia pensión. ¿Dónde está?

—Pero, hombre. Tienes el microfilm, ¿no? Entonces, ese aparato no es tan importante para ti. Tengo un contacto en México... te ofrezco participar en el negocio. Mitad y mitad y nunca más tendremos que preocuparnos por el dinero.

—No me subestimes, Príncipe. Yo no lo hago contigo. En cuanto al microfilm puedes considerar desde ahora que ya no existe. Y cuando haya destruido ese trasto que tanto vale para ti te juro que respiraré mucho más tranquilo.

Se quedó boquiabierto. Aquello no podía creerlo. En realidad apenas podía creerlo yo mismo.

Di un vistazo al vaquero, asegurándome de que continuaba

inconsciente. Luego me aproximé a mi adversario. Parecía increíble que aquel tipo todo piel y huesos hubiera llevado de cabeza a los mejores servicios de espionaje del mundo, hubiera comerciado con unos y con otros, vendiéndoles material de primera mano y creándose una reputación espeluznante de crueldades, sadismo, y eficiencia en su trabajo.

Sin embargo, así era. Y ese último golpe le retrataba de cuerpo entero.

Fui a colocarme detrás de la butaca. Le hurgué el escaso cabello con el cañón de la «Luger».

—Tenías un buen negocio con este hotel —comenté—. Debiste conformarte con él.

—Esto son migajas. Era una buena pantalla pero nada más.

—¿Cuántos años llevas aquí?

—Bastantes, pero me ausento a menudo. Negocios. ¿Qué piensas hacer, MacLean, volarme los sesos?

—Ésa es la idea general. Pero sólo después que hayas hablado. Y también me gustaría conocer tu verdadero nombre, Príncipe. Sólo como una satisfacción personal, ya sabes.

—¿Qué importa un nombre? —refunfuñó—. Me llamo Gary Himes y eso basta.

—Bueno, volvamos a lo que interesa.

—¿Hablarías tú si estuvieras en mi lugar?

—Me parece que no.

—Ahí tienes. Vas a matarme de todos modos, y yo te mataría a ti sin pestañear si los papeles fueran al revés. Confieso que durante años deseé hacerlo, y supongo que a ti te sucedió igual.

—Poco más o menos. Sólo que me había apartado de esta clase de negocios y casi te olvidé. Incluso pienso que después de haber vuelto a la vida activa hubiera podido dejarlo correr. Pero la muerte de Olga hizo que despertaran viejos recuerdos, ya sabes. Decidí llegar hasta el final.

—Esa muerte también me fastidió a mí... ¿O creíste que era yo quien había ordenado matarla?

—Lo pensé. Luego tuve mis dudas.

—No lo hice. Ella iba a pasarme el microfilm aquella misma noche, pero el estúpido Downes, aun sin saber exactamente qué contenía, quiso hacer el negocio por su cuenta.

—Eso es agua pasada. Volvamos al presente. Quiero ese aparato, Himes, o como quiera que te llames.

—Trataba de ganar tiempo —dijo cachazudamente. Era un buen elemento. Siempre lo había sido.

Y aún añadió:

—Sólo que no lo conseguirás, MacLean. Ni siquiera asistiendo a los funerales. Ya nada puede detenerlo y mi muerte únicamente beneficiará a mi socio mexicano.

—Tu muerte beneficiará a medio mundo por lo menos —mascullé entre dientes—. Te ha tocado perder como pudo haberme tocado a mí. Si hubieses dejado en paz a Olga es posible que yo nunca te hubiera encontrado... pero te ganaste el odio de la muchacha y eso te vendió.

—Eso y tener que valerme de pistoleros sin sesos, únicamente buenos para nada. No me quejo, los tiempos han cambiado mucho y tú y yo pertenecemos a otra época, MacLean.

—Sigues tratando de ganar tiempo sin hablar una palabra del condenado aparato. Sacudió la cabeza.

—De eso no me sacarás nada. Podrías hacerme pedazos poco a poco y no obtendrías nada. Y tú lo sabes tan bien como yo.

Eso era una verdad del tamaño de un rascacielos. Como también era cierto que él y yo pertenecíamos ya a una época pasada. Ya no quedaban elementos de nuestra clase y no supe si eso era una suerte o no.

Leslie, el vaquero, emitió un quejido y se removió, aún inconsciente. El Príncipe le miró lleno de desprecio.

—Podías haberle pegado un tiro —gruñó de mal talante—. Para lo que servía...

Retrocedí apartándome de la butaca donde estaba sentado mi adversario, desnudo como un gusano.

Leslie volvió a quejarse y sacudió la cabeza. Cuando yo me fuera de allí tendría muchos más motivos para quejarse.

En el instante en que le sacudía de nuevo, El Príncipe disparó las piernas, impulsándose hacia atrás y derribando la butaca. Rodó por debajo de la mesa y yo me volví y disparé.

CAPÍTULO XI

Le metí la bala en una pierna y ni siquiera se quejó. Volví a disparar y la bala astilló la madera de la mesa.

El luchaba desesperadamente para abrir un cajón. Lo consiguió cuando yo corría hacia él. Metió la mano dentro y no perdió tiempo sacando la pistola del cajón. Simplemente, disparó y el proyectil atravesó la madera y me golpeó en alguna parte.

No era la primera bala que me metían en mi vida. Había habido otras antes y siempre había tenido la sensación de que la cosa no era tan mala. No dolía en el primer instante.

Salté sobre él cuando volvía a apretar el gatillo. Esta vez falló y yo le golpeé con todas mis fuerzas.

Se fue dando tumbos. La pistola escapó de sus dedos y él buscó apoyo en la caja abierta mientras me precipitaba tras sus pasos con todas las furias del infierno rugiendo en mi interior.

Se agarró a la puerta de acero del arca empotrada. Golpeé la puerta, cerrándola de golpe, y le pillé la mano. Lanzó un aullido, forcejeando por librarse de aquel cepo que le desmenuzaba los huesos de los dedos.

Le mantuve atrapado allí, mirándole a la cara. Estábamos muy juntos y en sus ojos burbujeaba la ira, el odio y la frustración.

No dijo nada. Sólo consiguió retirar su mano aplastada y trastabilló.

Alguien aporreaba la puerta. Miré de soslayo hacia ella en el instante en que se abría dejando entrar a otro vaquero de opereta. Llevaba en la mano el pesado «45» que yo sabía por el de Leslie que no eran de guardarropía, así que disparé en cuanto le vi.

El vaquero, como en las buenas películas del Oeste, se fue dando tumbos hacia atrás, pilló en su camino al atildado recepcionista y

en medio del alboroto, se oyó el chillido femenino del hombrecillo cuando se derrumbaba bajo el peso del vaquero.

Cuando me volví, El Príncipe levantaba de nuevo la pistola que había conseguido atrapar en el suelo. Le disparé, y esta vez ya no me importaba saber dónde pudiera estar el aparato. Ahora tenía que matarle simplemente para seguir viviendo.

De modo que los pesados proyectiles de la «Luger» le picotearon el cuerpo clavándole contra las tablas del suelo. Cuando dejé de disparar él estaba muerto y a mí empezaban a fallarme las piernas.

Caminé a trompicones hasta la puerta y atisé el pasillo. Estaba desierto. Me entretuve el tiempo justo de cambiar el cargador de la pistola y volví a caminar lo más aprisa que pude.

El enorme corpachón del vaquero muerto quedó en el pasillo, extrañamente solo porque todo el mundo había desaparecido. La gente que va a un hotel a pasar sus vacaciones muy raras veces quieren verse mezclados en un tiroteo, quizá porque esta clase de excitación no está incluida en los programas de las agencias de viajes.

Afuera el sol ardía y la piscina estaba desierta. No vi ni rastro del recepcionista, ni de las bañistas, ni de los maridos desconcertados. Se habían dado mucha prisa por regresar a sus minúsculos apartamentos.

Llegué al coche, lo puse en movimiento y aceleré. El desierto semejaba una sartén al rojo y durante unas cuantas millas conduje con más o menos dominio del volante. Luego, encontré un paraje donde un desolado farallón rocoso extendía un poco de sombra y me detuve.

Me quité las ropas y examiné el boquete de la bala en mi costado. Ahora sí dolía, y la sangre burbujeaba, roja y caliente.

Abrí el compartimiento de los guantes y saqué el botiquín de emergencia. Yo sólo podía ver el orificio de entrada, pero el de salida debía ser mucho peor.

Hice cuanto pude por mí y mi herida. Logré que dejara de manar sangre, desinfecté los orificios de entrada y salida como mejor supe y luego extendí sobre ellos un producto sulfamínico, antes de proceder a vendarme lo más apretado que pude.

Era todo lo que podía hacer, y aunque no me calmó el dolor por lo menos me tranquilizó en parte.

Permanecí algún tiempo recobrando fuerzas en la sombra, el coche oculto a la vista de los que pasaran por la carretera.

Yo sabía que pasarían, y pronto. Alguien habría llamado a la policía en cuanto yo me alejé del hotel y no quería que vieran el coche por si ese alguien del teléfono les había informado del color y el modelo.

No tardaron mucho en pasar como rayos. Iban dos autos-patrulla con las sirenas aullando.

Les dejé que se divirtieran y seguí esperando. Quince minutos más tarde, dos coche más, éstos sin sirenas de ninguna clase, pasaron zumbando rumbo al hotel. Todos sus ocupantes vestían de paisano, pero eran policías tan seguro como que mi herida dolía como el infierno.

Entonces saqué el coche de su refugio y me dirigí a la ciudad. Luego se me ocurrió que tal vez hubieran dejado algún control en la entrada de esa carretera y aflojé la velocidad hasta que vi un desvío a la derecha. Hice girar el volante y cambié de rumbo.

Rodé casi dos horas por una carretera de tercer orden, polvorienta y salpicada de baches.

Luego, de pronto, vi aparecer los achaparrados edificios de un pueblo, y más allá las instalaciones de la aduana fronteriza.

Había cometido un error. Detuve el coche en mitad del descenso de la colina y traté de encontrar una escapatoria.

El sol declinaba. Había una fila interminable de coches esperando cumplir los trámites para pasar la aduana, y una multitud quieta al final de todo, apelotonada en ambas aceras, como si esperasen ver pasar un desfile.

Reanudé la marcha. Pensé que mientras no tratara de pasar la frontera nadie se interesaría por mí.

Entré en el pueblo y hube de detenerme para dejar paso a un fúnebre cortejo.

Aquello debía ser lo que esperaba la multitud de mexicanos plantados en las aceras.

Primero iba un furgón lleno de flores. Después, en tres furgonetas, viajaban siete ataúdes sencillos, y detrás, en un par de autos negros, cinco o seis hombres sombríos.

Estacioné y me apeé, abrochándome la chaqueta para que no se vieran las manchas de sangre en mi camisa.

Mientras esperaba que la lenta comitiva pasara, recordé las informaciones de los periódicos respecto a la batalla campal entre los chicanos, que había costado seis muertos.

¿Seis?

Realmente, estaba seguro que los periódicos dijeron que eran seis los muertos. No obstante, los ataúdes que viajaban rumbo a México eran siete.

Algo empezó a agitarse en mi interior. Algo que trajo como flotando en el viento las palabras de El Príncipe, diciéndome que no podría conseguir el aparato ni asistiendo a los funerales... ¿Los funerales de quién?

Las furgonetas con los ataúdes se detuvieron detrás de la larga fila de coches que esperaban pasar antes que cerraran la aduana.

Los mexicanos hablaban todos a la vez y se alzaba un rumor sordo, de colmena.

Me aproximé a los ataúdes. De uno de los coches negros se aparearon dos hombres rechonchos, bigotudos, con caras de pocos amigos, y se colocaron a ambos lados de la segunda furgoneta. Lo hicieron tratando de disimular, pero pude ver que la custodiaban como si contuviera oro en barras.

Cuando me acerqué, también pude ver el bulto de las pistolas bajo sus chaquetas de verano.

En la furgoneta, ante el volante, se aburría un chófer uniformado. Uno de los dos vigilantes me vio y gruñó.

—¡Largo de aquí! ¿No has visto nunca ataúdes?

Me aparté. No vigilaban la primera furgoneta. Sólo la segunda, en que viajaban tres ataúdes. La otra llevaba cuatro.

Di la vuelta por detrás de los dos coches de escolta. Eran mi problema, porque ignoraba cuántos de sus ocupantes eran pistoleros, o si sólo había aquellos dos malencarados de los bigotes.

Esperé hasta que se hubieron colocado algunos coches más detrás de los que ocupaban los acompañantes de las furgonetas.

Entonces decidí que sólo podía arriesgarme una vez. Aunque un riesgo tremendo, porque podía desencadenar un verdadero motín entre los mexicanos.

También haberme equivocado y encontrarme con tres feos cadáveres entre las manos...

El sol se había ocultado y la gente daba muestras de

impaciencia, porque se acercaba la hora en que los aduaneros cerrarían la frontera. Los conductores de la mayoría de coches se habían apeado y daban cortos paseos, fumando, gruñendo y maldiciendo.

Me aproximé a la furgoneta por el lado del conductor, saqué la «Luger» y disparé dos veces contra los neumáticos delanteros del coche de escolta más cercano. Luego, en medio del súbito alboroto, atrapé al chófer de un zarpazo y lo saqué en volandas de la furgoneta.

Uno de los dos vigilantes reaccionó y disparó cuando el motor arrancaba. La bala hizo estallar el parabrisas, pero para entonces todo el mundo corría alocadamente y yo hacía girar el vehículo entre los que saltaban como ranas para no ir a parar bajo las ruedas.

Volvieron a disparar cuando aceleraba. Las balas zumbaron a mí alrededor y enfilé la carretera como un rayo. Dejaron de disparar seguramente por temor a provocar una carnicería.

La furgoneta volaba sobre los baches colina arriba.

Había llegado a la cumbre cuando los primeros coches pudieron salir del maremágnum y emprender la persecución.

Descendí a ciento treinta millas por hora y aun gane velocidad antes de llegar abajo. Luego, a medida que el cielo se oscurecía, mis perseguidores encendieron los faros allá atrás, lejos todavía. Por el retrovisor vi que eran el otro coche negro y un descapotable que había visto en la fila.

Mantuve la ventaja felicitándome de que el fabricante de la furgoneta cumpliera las promesas de la propaganda. Era un excelente vehículo. Pero el descapotable ganaba terreno. Poco a poco, pero se aproximaba, rebasando al auto negro.

No encendí las luces. Sobre el desierto todo se volvió negro y aún le saqué unas millas más al motor, hasta que vi el roquedal que me sirviera de refugio anteriormente.

Giré y metí la furgoneta allí. Instantes después, los dos coches pasaron como centellas y se perdieron de vista.

Salí de mi escondrijo y me interné en el desierto hacia el este. Ya no volví a ver a mis perseguidores.

De modo que paré y abrí el primer ataúd. Vi la cara maltrecha de un cadáver.

Abrí el segundo y contenía otro muerto, tan maltrecho como el

primero. Comencé a preocuparme. Abrí el tercero.

Estaba lleno de bultos para dar el peso de un cuerpo humano. Encontrar la caja de madera fue fácil y cuando la abrí me asombró de que fuera una cosa tan sencilla. Tenía cierto parecido con una cámara de filmar de ocho milímetros. Un parecido remoto, por supuesto.

Busqué entre las herramientas de la furgoneta y saqué un martillo. Durante mucho rato estuve machacando aquella cosa, convirtiéndola en chatarra informe, esparciendo piezas en todas direcciones, hasta que no quedó nada entero.

Después, dejé los ataúdes en el desierto, recogí los restos del aparato maldito y recorrí quince o veinte millas. Fui enterrando piezas sueltas en el desierto, aquí y allá. Pedazos de metal retorcido, irreconocible, hasta que no me quedó ninguna.

Entonces seguí dando tumbos por aquellas soledades hasta encontrar la carretera de El Paso.

* * *

Llamé a la puerta de la cabaña y Gale abrió, mirándome asombrada.

—¡Usted! —musitó.

Entré y ella cerró, y se quedó mirándome muy quieta.

—¿Qué quiere? —dijo con voz ronca.

—Necesito ayuda.

—¿Usted?

Asentí. Saqué del bolsillo el estuche de *rouge* y se lo mostré.

—¿Qué es eso? —balbuceó.

—Por esto mataron a tu hermana.

Abrí el estuche y saqué el diminuto microfilm. Lo coloqué dentro de un cenicero de cobre y le prendí fuego.

Se quedó boquiabierta.

—Ahora —dije—, puedes volverte a casa tranquila. Y yo también. Sólo preguntó:

—¿Era importante?

—Increíblemente importante.

—Entonces, ¿por qué lo ha destruido?

—Porque con los gobernantes de que gozamos en este mundo es

preferible así, y créeme que yo sé lo que me digo.

—También dijo que necesitaba ayuda...

Me quité la chaqueta, me libré del arnés con la pistola y ella desorbitó los ojos al ver la sangre seca y el tosco vendaje.

—La bala salió —dije—, así que no necesitamos que nadie más sepa eso. ¿Podrás curarme?

—Lo haré... y vendrás conmigo. A casa.

Asentí, y esta vez supe con certeza que ya nunca más ni el viejo ni nadie podría hacerme volver al pasado.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS

:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).

- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.